



Premio Jaén de Narrativa Juvenil

El camino de Sherlock

Andrea Ferrari

Lectulandia

Francisco Méndez tiene catorce años, una inteligencia extraordinaria y una pasión: los libros de Sherlock Holmes. No sólo sabe más que nadie sobre el famoso detective, sino que razona como él. Sus familiares y amigos esperan que su brillo intelectual lo vuelva célebre, pero esas expectativas agobian a Francisco, que duda de sí mismo.

Tres extraños asesinatos de mujeres en su barrio le servirán de prueba y lo conducirán por un camino fascinante y a la vez peligroso.

Lectulandia

Andrea Ferrari

El camino de Sherlock

ePub r1.0

Titivillus 26.02.17

Andrea Ferrari, 2007

Diseño de cubierta: María Pérez-Aguilera

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Ernesto y Valeria, por todo

Todavía hay gente que me reconoce en la calle. De vez en cuando alguno se acerca y me pregunta si efectivamente soy yo. Es natural que duden, ya que en los cuatro años que pasaron desde los hechos que me hicieron fugazmente famoso cambié bastante. En esos casos contesto que no, que me confunden con otro. Si mi madre está conmigo mira al suelo y no dice nada. Pero yo me doy cuenta de que todo eso le desagrada, que en alguna parte aún tiene esperanzas de que me convierta en el chico que soñó.

Ella suele decir que intuyó que había algo diferente en mí desde el primer momento, cuando no tenía más que unos días de vida. Hubo luego otros signos, reveladores a sus ojos, pero fue recién con el asunto de las letras magnéticas cuando sintió que su palpito se confirmaba. Aunque para mí ése fue un episodio sin mayor importancia, si uno la escucha a ella se trató de un día clave, punto de partida de todo lo que vino después.

Era diciembre, cerca de las fiestas de fin de año. Las letras en cuestión estaban adheridas a la parte baja de la heladera para que yo me entretuviera mientras los adultos se movían por la cocina. Esa tarde hacía demasiado calor y todos estábamos un poco irritables. Para evitar que yo siguiera tirando de su vestido, mi madre me señaló las letras y dijo que le alcanzara una eme azul y una a roja. Era como pedir la luna y las estrellas: algo imposible con lo que sólo buscaba alejarme un poco de sus piernas para terminar de cortar una manzana. Yo tenía en ese momento veinte meses. Dice que no dudé: en pocos segundos volví con las dos letras. Mamá se atragantó con el trozo de manzana que acababa de ponerse en la boca y por un momento pensó que podía ser una casualidad. Decidió pedirme la ele verde. Le traje la ele verde. Entonces gritó y fue a llamar a papá para que lo viera con sus propios ojos.

No es que quiera jactarme. Para mí todo eso no fue más que una sencilla muestra de precocidad: hice lo mismo que la más tonta de las personas, sólo que un tiempo antes. Según la cronología familiar caminé a los nueve meses, al año hablaba sin parar, antes de los dos sabía las letras y los números y a los cuatro leía y escribía aunque nadie me había enseñado. Meses después multiplicaba y dividía.

Por supuesto, no me acuerdo nada de todo eso. Pero se lo oí contar tantas veces a ellos que es como si lo recordara. A los cinco años decidieron hacerme ver por un experto que me sometió a una larga serie de estudios. Después les dijo a mis padres que tenían en sus manos un diamante: mi cociente intelectual era de 152. Desde entonces, ésa es como una cifra mágica en mi casa. Mamá llegó incluso a jugar varias veces el 152 en la lotería, aunque nunca ganó nada.

En esa época, ella aún trabajaba. No era mucho tiempo: iba unas tres tardes por semana a un consultorio donde hacía de asistente de un dentista. Yo me quedaba con mi abuela o con una vecina. Pero después de que se demostrara mi *alta capacidad* (así empezaron a decirle, porque la palabra *superdotado* estaba mal vista), decidió

que tenía que concentrarse en mi formación. Porque tener un genio en casa, decía, es una gran responsabilidad. Desde entonces, puso una enorme energía en resolver todas las dificultades que aparecían en mi camino para que nada me impidiese desarrollar mis talentos. Supongo que debería estar agradecido por ello. Aunque a veces no sé.

Empecé la escuela un año antes de lo habitual. Dicen que me negué a seguir yendo a la salita azul del jardín de infantes. La maestra era alta, fea y se llamaba Rita. Lo poco que recuerdo de ella es que se empeñaba en enseñarnos una canción sobre sapos y que me decía *muñequito*. Yo la odiaba. Cada vez que podía me escapaba a un pasillo desde donde veía pasar a los chicos de la primaria con sus enormes mochilas cargadas de libros. Me moría por ser como ellos.

Mamá habló con maestros y psicólogos, hizo infinitos trámites y finalmente logró que entrara a primer grado sin tener la edad requerida. Creo que al principio yo no registraba demasiado lo que estaba pasando. Ni siquiera supe, hasta mucho después, que todos los demás chicos eran mayores que yo.

A los seis aprendí a jugar al ajedrez. Me enseñó papá, que no es un gran jugador pero se defiende. Cuando empecé a ganarle, mamá me anotó en un club cerca de casa. Me gustó enseguida. Se trataba de un lugar tranquilo, donde nadie preguntaba nada: simplemente se sentaban y jugaban. Era gente que prefería el ajedrez a muchas otras cosas, como ir al cine, jugar al fútbol o mirar la tele y eso los volvía un poco raros. Yo en esa época no tenía conciencia de ser raro, pero tiempo después me di cuenta de que así era como me veían los demás. Muy raro.

En el club me hice mi primer amigo: Pablo. Era dos años mayor y me caía muy bien. Me parece que él era mucho más raro que yo, por lo cual a su lado me veía bastante normal y eso era una ventaja. Pablo vivía con su abuela, no sabía dónde estaban sus padres y tenía muchos problemas en la escuela porque se portaba mal y solía enfurecerse. Cuando estaba verdaderamente furioso rompía cosas. Pero me enseñó un juego fantástico de números con el que podíamos pasarnos la tarde entera. Lo llamábamos simplemente así: «números». Hubo unas vacaciones en las que no hicimos otra cosa que jugar ajedrez o números y leer historietas. A mí se me antojaba que ésa era una vida bastante perfecta. Pero un año más tarde todo cambió porque reapareció el padre de Pablo y se lo llevó a vivir con él a otro país. Nunca más lo vi.

En el club yo prefería jugar con gente de mi edad. Me parecía que a los adultos no les gustaba sentarse ante un chico: se ponían incómodos. Una vez me enfrenté a un señor gordo y canoso que apenas me vio empezó a reírse.

—Qué contrincante tan chiquito —decía.

A mí sus chistes no me hacían gracia. Cuando le gané me dio la mano aún riéndose y me felicitó, pero después de levantarse le insinuó a un amigo que me había dejado ganar para estimularme. Yo sabía que era mentira: sus esfuerzos por derrotarme habían sido bastante evidentes. Me pareció muy injusto y siempre he tenido problemas para tolerar la injusticia. Tal vez por eso de ahí en adelante me negué a jugar con adultos.

Poco después de que cumpliera ocho años el club organizó un torneo interno para chicos que yo gané. Mi mamá me felicitó y puso el trofeo en una vitrina de la sala. Al año siguiente me lo volví a llevar. Ya no la pasaba tan bien, porque había mucho revuelo en torno a cada pareja que jugaba y eso nos ponía a todos un poco nerviosos. Yo sé que cuando estaba sentado frente al tablero tenía muchas ganas de ganar, pero al final invariablemente me sentía mal por el que perdía, algo que nunca he podido evitar.

En esa época empezaron a decir que yo tenía extraordinarias aptitudes para el juego. Un profesor del club le propuso a mi madre prepararme con clases particulares. Quería que compitiera en el torneo interclubes. Ella me lo explicó durante una cena: si me iba bien, un par de meses después podíamos viajar a Córdoba, donde se iba a celebrar un torneo importante. Y quién sabe, quizás luego al nacional.

Lo pensé mientras terminaba de comer un huevo frito. Y dije que no.

—Mejor sigo como hasta ahora.

Mamá se puso tensa, pero trató de no mostrarlo. Depositó suavemente los cubiertos sobre el plato y me miró.

—¿Por qué no?

Me encogí de hombros.

—No sé, no tengo ganas de ir a los torneos.

—Pero ¿por qué no? —insistió.

—Hay que tomar muchas clases y leer los libros de ajedrez. Ahora me interesa más leer sobre los dinosaurios.

—¿Dinosaurios?

Mi mamá frunció el ceño. Se estaba poniendo muy nerviosa.

—Sí, saqué unos libros de la biblioteca. Están muy buenos. ¿Te los muestro?

—Ahora no —sonrió forzadamente—. Quisiera que entiendas la importancia de lo que estamos hablando: tenés una aptitud natural para el ajedrez. Eso no es algo tan frecuente: podrías convertirte en un campeón. Un Gran Maestro. Sería una lástima desaprovechar ese potencial.

Me encogí de hombros otra vez.

—Puedo hacer otras cosas. Quizás sea paleontólogo: son las personas que estudian los restos fósiles y...

—Sé lo que es un paleontólogo —me interrumpió ella cortante—. Pero estoy tratando de explicarte que tu capacidad para el ajedrez se sale de lo normal...

—Además —la interrumpí yo—, tendría que viajar mucho y no me gusta. En los ómnibus me mareo y vomito.

—Podemos ir en auto.

En ese punto intervino mi papá que, como siempre, había estado escuchando en silencio. Parecía enojado. Golpeó la mesa con la mano y los vasos tintinearón.

—¡El chico tiene nueve años, Iris! ¡Nueve años! ¡No lo ahogues!

Ella no contestó nada.

—Vas a hacer lo que quieras, Francisco —siguió papá—. Si no te interesa el torneo, no hay torneo.

Creo que fue una gran desilusión para mamá, aunque después lo superó. En los años que siguieron yo iba a volver a desilusionarla en muchas oportunidades. Es que ella siempre tuvo demasiadas expectativas conmigo. Son innumerables las veces en que dijo que yo estoy destinado a hacer cosas grandes. No sé exactamente a qué se refiere cuando dice eso, pero creo que piensa en algo así como un Premio Nobel.

Y ahora, que estoy por primera vez detrás de algo grande, no le dije nada. Sucede que es algo vinculado con los recientes asesinatos y temo que se preocupe. Creo que no va a gustarle nada.

Hay dos cosas que me apasionan: los crímenes y las estrellas. Alguien podría decir que unos y otras no tienen nada que ver, pero yo pienso que sí. Creo que lo que los une es el misterio.

Algunas noches saco una silla al balcón y me paso un largo rato mirando el cielo. Primero dejo que mis ojos se acostumbren. Después trazo unas líneas imaginarias para ubicarme y me dedico a localizar las constelaciones que conozco. Al cabo de un rato de estar observándolas suele sucederme algo extraño: empiezo a percibir detalles que antes pasaba por alto. Veo un punto oscuro donde sé que días atrás titilaba una luz o noto que de pronto hay una estrella que se ve más brillante, más intensa: como si estuviese enviando un mensaje que es necesario descifrar.

Lo bueno de los misterios del espacio es que nunca se acaban. Cada vez que los astrónomos logran solucionar uno surgen dos o tres nuevos. Uno podría pasarse la vida mirando hacia arriba y siempre habría algo que resolver.

Sólo los crímenes me atraen de manera similar. Por supuesto, no estoy pensando en uno de esos asesinatos vulgares que suceden todos los días. Si se trata, digamos, de un tipo celoso que mató a su novia porque lo engañaba, no le dedico al asunto más que unos segundos. No, yo hablo del crimen que busca ser perfecto, aquel que ha sido planeado con sumo cuidado, anticipando cada detalle y cada paso. Un cuerpo que un día aparece con un balazo en la frente y sin sospechosos a la vista. Los investigadores le dan mil vueltas al caso, lo analizan del derecho y del revés, pero el misterio no hace sino aumentar. Eso es lo que realmente me gusta.

Fue natural, entonces, que los asesinatos de Belgrano me absorbieran del modo en que lo hicieron. Estaban cerca, eran intrigantes y, sobre todo, se percibía la presencia de una mente clara. Era como si de pronto una estrella hubiese empezado a titilar. Y me llamaba.

Puedo ser bastante insoportable. Ahora lo domino mejor, pero cuando era más chico me ponía secante con las preguntas. No sé si el uso del adjetivo *secante* es correcto: es el que elegía mi madre cuando ya no podía más. Y creo que resulta bastante gráfico, porque así es como se sentía ella al final: seca de palabras, de energía, de paciencia. Tengo que admitir en su favor que aguantaba un buen rato, pero mi curiosidad no tenía fin. Solíamos tener el siguiente tipo de diálogo.

—Mamá, ¿qué es el sol?

—¿El sol? (sonrisa) Es ese disco amarillo en el cielo.

—Sí, pero ¿qué es?

—Es una estrella.

—¿Y está lejos?

—Sí, muy lejos.

—¿Cuánto?

—Millones de kilómetros.

—¿Cuántos millones?

—No sé exactamente, pero muchos.

—¿Y de qué es?

—¿De qué? No sé, Fran. Pero es muy caliente: si uno se acercara mucho, se quemaría.

—¿Por qué?

—Porque es así.

—¿Y para qué sirve?

—Sirve para calentarnos. Si no hubiera sol, en la Tierra no existirían las personas, ni los animales, ni las plantas.

—¿Y si se apaga?

—No se va a apagar.

—¿Nunca?

—Bueno, sí, alguna vez sí, pero falta mucho.

—¿Cuánto?

—Miles de años. No vamos a existir.

—¿Cómo sabés?

—Porque nadie vive tanto.

—¿Y cuando se apague no va a haber más personas, ni animales, ni plantas?

—Sí. Pero ya te dije, falta mucho.

—¿No se puede hacer algo para que no se apague?

—Y, quizás, dentro de muchos años, los científicos hagan algo.

—¿Qué?

—No sé, Fran.

—Bueno.

—¿Mamá?

—¿Qué?

—¿Y la luna?

—¿La luna qué?

—¿Es caliente?

—No. ¿Sabés qué, Fran? Hoy te voy a comprar un libro de astronomía. Ahí vas a leer todo.

Así solían terminar los diálogos. Yo siempre tuve muchos libros: de todos los temas que algún día me interesaron. En mi biblioteca se cruzaban cuestiones tales como la electricidad, los agujeros negros, el comportamiento de las hormigas, la vida de Newton, reptiles y anfibios, el sistema nervioso, pericias y balística, la desaparición de los dinosaurios y la experimentación en química general. Apenas empezaba a demostrar un cierto interés por una cuestión, cualquiera fuera, mamá se aparecía con un libro.

A los siete u ocho años yo ya sabía muchas cosas. Y a ellos les gustaba. No sólo a mi madre: también a papá, a mis abuelos, a los adultos en general. Solía suceder que en medio de una reunión alguien me preguntaba, por ejemplo, qué son las estrellas fugaces. Yo ofrecía de inmediato una explicación concisa. Algo como:

—Son meteoritos, piedras que viajan por el espacio y caen sobre la Tierra. Cuando chocan con la atmósfera producen haces de luz.

Todos se miraban y sonreían: les encantaba que yo exhibiera ese tipo de saber. No sé exactamente cuándo me dejó de gustar a mí, pero hubo un momento en que empecé a sentirme como un mono de zoológico y ya no quise contestar.

También estuvo el tema de la música. Eso surgió un día en que visitamos a unos amigos. La hija de ellos, cinco años mayor que yo, estaba aprendiendo a tocar el piano. Mientras nuestros padres conversaban, me enseñó el comienzo de una sinfonía. Era fácil.

De pronto me di cuenta de que los adultos se habían callado y nos miraban. Me detuve. Mi mamá se acercó.

—Seguí, Fran, seguí.

—No, si sólo sé esta parte. La que sabe todo es Carmen.

Pero ese brillo ya estaba en sus ojos. Creo que pensaba que yo podía ser una especie de Mozart. Tres días después llegó un camión a la puerta de mi casa y bajaron un piano. Había sido de mi abuelo y llevaba varios años en lo de mis tíos, donde nadie lo usaba. Era emocionante tenerlo en la mitad de la sala, pero tardé en atreverme a tocarlo: tenía miedo de que se rompiera.

—Adelante —me alentó mamá—. Está acá sólo para vos.

Los cinco primeros días me entretuve repitiendo lo que me había enseñado Carmen o simplemente probando sonidos. Al sexto día apareció un profesor y empecé a tomar lecciones dos veces por semana.

Al mismo tiempo, mamá inició lo que pretendía que fuese mi educación musical. Compró discos y sacó entradas para varios conciertos. Lo de los discos no estaba mal, pero los conciertos me resultaban muy aburridos. Me impacientaba estar sentado tanto tiempo, sin hacer otra cosa que escuchar. Pero ella decía que ya le iba a tomar el gusto.

La tercera vez que fuimos a uno me llevé en el bolsillo un juego de ingenio. Eran unos clavos, retorcidos y unidos entre sí, que había que separar. Siempre me gustaron mucho esos juegos donde todo depende de la concentración. Hay una sola manera de resolverlos y yo voy descartando estrategias hasta dar con la adecuada. Aquella noche estábamos ubicados en un palco y cuando me pareció que nadie lo notaría (mamá, sentada al lado mío, parecía adormecida), saqué el juego. Un momento después, ella soltó un poderoso ronquido. Papá se incorporó un poco y la miró asombrado. Luego dirigió su vista hacia mí y me descubrió con los clavos. Pensé que iba a retarme, pero en cambio se rió.

Esa noche, cuando salimos del teatro, papá dijo que se habían acabado los conciertos porque ninguno de nosotros estaba verdaderamente interesado. Mamá intentó una tibia resistencia, pero con el papelón de los ronquidos no se atrevió a insistir.

Un mes más tarde también se terminaron las lecciones de piano. Fue después de una clase que ocupé casi completamente explicándole al profesor (un tipo muy simpático) cómo vuelan los aviones, algo que acababa de leer en un libro sobre grandes inventos que me parecía fascinante. Antes de irse, él le dijo a mamá que si bien yo efectivamente tenía mucha facilidad para aprender piano, no parecía estar muy entusiasmado y quizás convenía dejarlo para cuando fuera mayor.

El piano, sin embargo, se quedó en casa y eso me gusta. Cada tanto toco alguna de las piezas que aprendí o dejo que mis dedos se deslicen y busquen melodías por su cuenta. Pero siempre intento hacerlo cuando nadie me escucha.

Hubo un momento en que no tuve más ganas de ir a la escuela. Fue en tercer grado: yo tenía siete años y la sensación de que algo no iba bien conmigo. Aunque aprobaba todo con facilidad, la pasaba mal. Creo que al principio llevé hasta ahí mi estilo secante con las preguntas, pero cuando vi que las maestras terminaban enojándose ya no lo hice. Empecé a aburrirme. Y cuando me aburría, me ponía fastidioso. Eso, por lo menos, le dijo la maestra a mi madre: que no dejaba de hacer ruiditos molestos con los pies y tirar cosas al piso mientras los demás trabajaban. Que a veces incluso silbaba. Lo de los ruiditos es cierto, tengo que admitirlo, pero creo que el silbido se lo inventó.

Además, seguía sin hacerme amigos. Nadie se me acercaba y yo no me acercaba a nadie. No es que me importara tanto, porque en ese momento aún tenía a Pablo y el club de ajedrez, pero supongo que eso me dejaba sin ningún incentivo interesante

para ir a la escuela.

Y estuvo el asunto de la composición. La maestra había dicho que escribiéramos sobre lo que habíamos hecho durante el fin de semana. Como yo me había quedado en casa, conté una noticia de la televisión que me había interesado. Era sobre unas imágenes que había mostrado la NASA de la Supernova 1987A, que es una estrella que al destruirse con una gran explosión produjo una enorme luminosidad y que está a una distancia de ciento sesenta y tres mil años luz.

Después algunos tuvimos que leer la composición en clase. Marisa Fernández hablaba de unos patines nuevos color rosa. Agustín Moretti contó un partido de fútbol en el parque. Hasta ahí todo estaba bien. Pero entonces vine yo con la Supernova 1987A. Me di cuenta de que se hacía un silencio raro y después escuché algunas risas ahogadas, como si estuvieran intentando contenerse. Me detuve. Miré a mi alrededor: casi todos se estaban riendo. Tuve muchas ganas de llorar.

—Seguí, Francisco, está muy bien —dijo la maestra.

Después me puso «Excelente», pero ese mismo día escribió una nota en mi cuaderno para que mis padres fueran a hablar con ella. O sea que supongo que no estaba contenta.

Entonces mamá volvió a hacer un montón de trámites, me hicieron nuevos estudios y en vez de pasar a cuarto grado, pasé a quinto.

Ahí las cosas se pusieron mucho mejor. Me hice finalmente un amigo, Arturo, y durante los siguientes tres años llegué a disfrutar en algunos momentos de la escuela.

De todas formas, cuando pienso en aquella época creo que, más que inteligente, yo era bastante estúpido. Quiero decir, la inteligencia debería permitirle a una persona adecuarse razonablemente a las circunstancias. Cualquiera que tenga dos dedos de frente se da cuenta de que si uno se la pasa levantando la mano y respondiendo antes que nadie las preguntas del maestro y encima siempre quiere más información y habla sobre la expansión del Universo, empieza a resultar desagradable para los demás. Sobre todo si uno es dos años menor que el resto y varias cabezas más bajo. Pero eso era exactamente lo que yo hacía.

Aún me asombra que Arturo quisiera ser mi amigo. Supongo que en parte fue por su timidez, que lo distanciaba del resto, y en parte porque descubrimos una pasión compartida: las historias de crímenes. Por entonces, yo ya era un fanático de las intrigas policiales y muy especialmente del más fabuloso de los detectives que ha dado la literatura de todos los tiempos. Me refiero a Sherlock Holmes, por supuesto. Empecé a leer vorazmente los libros que protagoniza desde muy chico. Al principio a todos les parecía bien. Aunque no era el tipo de literatura que hubiera elegido mi madre, a fin de cuentas era literatura. Pero después mi insistencia en leer una y otra vez los mismos textos le molestó.

—¿Por qué no buscás otra cosa? —preguntaba—. ¿Cuál es el sentido de leer un

policial si ya conocés el final?

No entendía que no era la resolución lo que me apasionaba, sino el proceso. La manera en que Holmes aplicaba su inteligencia a desenredar la madeja del caso. E incluso su misma personalidad: ese estilo racional al extremo. Ingenioso, perfeccionista, un poco enigmático, solitario. Un cerebro en estado puro, capaz de diseccionar un problema sin interferencia de las emociones.

En ese tiempo —es decir a los diez años— estaba particularmente obsesionado con el método deductivo utilizado por él y pretendía aplicarlo a mi vida cotidiana. Me avergüenza recordar lo idiota que podía ser entonces. Por ejemplo, el día en que se suspendió la clase con Pablo Estévez.

El muy popular Estévez era el profesor de Gimnasia, la materia preferida de la mayoría de mis compañeros (no la mía, por cierto, ya que nunca me destaqué por mis destrezas físicas). Aquella mañana, cuando terminó la hora de Matemáticas, salimos como siempre al patio para hacer la clase con Estévez, pero no estaba. Nos topamos en cambio con la vicedirectora, que con mala cara nos dijo que volviéramos al aula.

—Hoy no tienen Educación física —agregó seca.

Observé que en sus manos llevaba una campera deportiva masculina y un silbato unido a un cordón negro.

Mis compañeros estaban desencantados.

—Qué raro —dijo Luis Pereyra mientras entrábamos a la clase—. Yo lo vi al profe hace un rato, cuando le daba clase a sexto A.

—Quizás se tuvo que ir antes —señaló Leandro Colpi, un chico gigantesco tanto en grosor como en altura y con vocación de matón.

—No —contesté yo—. Tuvo un problema de salud y lo trasladaron a un hospital. Es posible que sea grave.

—¿Quién te dijo?

Colpi me miraba, desconfiado y hostil.

—Nadie. Lo deduje.

—¿Qué?

—Les explico —empecé, sospecho que con un tono desagradablemente doctoral—. Cuando estábamos en la clase de Matemáticas se oyó la sirena de una ambulancia que se acercaba y fue evidente que se detenía en la puerta.

—Sí —confirmó Luis—, yo la oí.

—Diez minutos más tarde —seguí, pasando por alto la interrupción—, la ambulancia se retiró, otra vez con la sirena puesta. De aquí se puede deducir que vinieron a ver a un paciente y que decidieron trasladarlo, después de considerar el cuadro posiblemente grave.

—¿Por qué?

—Porque de lo contrario no hubieran encendido la sirena al partir: sólo pueden usarla cuando se trata de una urgencia. El paciente era el profesor Estévez. Esto es evidente porque la vicedirectora tenía en sus manos una campera deportiva y el

silbato que él siempre lleva al cuello. Seguramente se lo sacaron los médicos al examinarlo con el estetoscopio. Quizás se trate de un problema cardíaco.

Se hizo un silencio extraño. Creo que pensaban que los estaba engañando.

—Sólo son suposiciones —dijo al final Colpi.

Negué con la cabeza. Y no tuve mejor idea que citar a mi querido detective.

—Como dice Sherlock Holmes: «Yo nunca hago suposiciones. Es un hábito repugnante, que destruye la facultad de razonar».

Dios mío, qué pedante puede ser uno a los diez años.

Ese episodio, pese a todo, me trajo un cierto prestigio entre mis compañeros, ya que un par de días más tarde se confirmó que Estévez había sido internado tras desmayarse en la escuela. Había sufrido un pico de presión alta y afortunadamente ya estaba fuera de peligro. Pero prestigio no significa simpatía: seguían mirándome como un bicho raro y desagradable. Creo que no sólo era por los excesos que cometía en la demostración de conocimientos, sino por mi manera de hablar, que una vez Lorena Monti —una chica flaca y pecosa— definió como «demasiado difícil».

—¿Difícil? —pregunté extraño.

—Sí, nene, ¿no te das cuenta de que hablás difícil?

No me daba cuenta. Ni siquiera de eso.

Días más tarde, sin embargo, sucedió algo que iba a cambiar por completo el trato con mis compañeros y mi vida en general. Estábamos en ese momento en séptimo grado, el último de la primaria, y todo el grupo anhelaba más que nada en el mundo hacer el tradicional viaje de fin de curso. Pero las perspectivas eran malas: más de la mitad de los padres no estaba en condiciones de afrontar el gasto. A mí el tema me dejaba frío, ya que en el estado en que estaban las relaciones con mis compañeros, el viaje no me parecía una posibilidad muy interesante. Por eso me encontraba totalmente ajeno al asunto el día en que vi que se me acercaban tres chicos, entre ellos Colpi.

—Méndez —me dijo uno (nunca aprendieron mi nombre de pila)—. Tenemos que hablar con vos.

—¿Sí?

Por sus caras, el asunto no parecía pintar bien.

—Necesitamos que hagas algo.

—¿Qué?

—Responder preguntas —dijo Colpi con tono amenazante—. Pero bien.

—¿Qué preguntas?

Se miraron entre ellos.

—Te vamos a explicar el plan —dijo Luis.

El plan consistía en que yo me presentara en un programa de televisión llamado Exacto. Era una tradicional competencia de preguntas y respuestas, donde alumnos de

cinco escuelas se enfrentaban a lo largo de un par de meses. El ganador obtenía un viaje gratis para todo su curso. Hasta entonces lo habían hecho con estudiantes de secundaria, pero como el interés y la audiencia habían decaído, se proponían empezar con chicos de primaria. Como nosotros.

Me limité a asentir con la cabeza ante la propuesta: sabía que negarme no era una opción realista. Entonces Luis me explicó el meollo del asunto, que parecía tener bastaste estudiado: no era nada fácil ser aceptado en la competencia, ya que el programa recibía solicitudes de todo el país y elegía a unos pocos.

—La clave está en el tema que uno propone para responder. Ya están hartos de mitología griega y anatomía del cuerpo humano.

—Ya sé —dije—. Yo voy a responder sobre la obra de Sir Arthur Conan Doyle.

Me miraron con disgusto.

—¿Qué?

—Es el creador de Sherlock Holmes: el detective más famoso de la historia. Sé todo lo que se puede saber de él.

—Está bien —dijo Colpi—. Pero no vayas a equivocarte, porque te matamos.

Ése fue el momento en que mi vida dio un giro. En algunos aspectos fue bueno, en otros catastrófico. Pero no hay duda de que todo cambió. Para empezar, mi nombre. A excepción de mis padres, que siguieron llamándome Francisco, a partir de entonces fui para todo el mundo simplemente Sherlock.

El primer asesinato sucedió hace tres meses en la madrugada de un lunes, pero yo sólo me enteré al día siguiente a través del diario. Tengo la costumbre de estudiar todos los días a fondo la sección policial, una costumbre que adquirí unos cuatro años atrás, en la época posterior al concurso. Leo cada artículo y cuando un caso me interesa particularmente lo subrayo o incluso lo recorto. Es un hábito que pone nerviosa a mi madre. Igual que mi decisión de abocarme a la Criminología. Lo dije hace un tiempo, un día en que mi primo me preguntó qué pensaba estudiar en la universidad.

—Creo que voy a ser criminólogo.

—¿Y eso qué es? ¿Detective?

—No, es un estudio de posgrado. Primero tengo que hacer la carrera de Derecho y después puedo cursar esa especialización.

Mamá frunció el ceño, pero se quedó callada. Esperó a que estuviéramos solos esa noche para decirme que no me precipitara a elegir una carrera, que me convenía estudiar bien mis opciones. Por ejemplo, en el área científica. Así es mi madre: quiere mostrar que no me impone sus deseos, pero al mismo tiempo hace lo imposible por bloquear todos los caminos que no sean el que ella prefiere. Y lo que ella prefiere es que yo haga una carrera científica: en lo posible Física, Química o Medicina. Creo que son todas disciplinas donde uno puede llegar a obtener el Premio Nobel. Yo me limité a asentir distraídamente. Todavía no estoy seguro de qué voy a estudiar, pero sé que con ella la mejor opción es no decir nada demasiado concreto.

Volviendo al asesinato, la víctima era una mujer china, Huang Mei, llegada al país con su esposo cuatro años antes. Había aparecido tirada en la calle frente a su negocio, un pequeño supermercado bautizado como El Amanecer. Si con algo pegaba el nombre, era con los hábitos de la propia señora Huang, que empezaba cada día al alba para tener todo limpio y en orden antes de que llegaran los proveedores. Un poco después solía aparecer su marido, que era el último en irse a la noche.

Según la crónica periodística, fue el portero de un edificio vecino el primero en ver el cuerpo, cuando salió a limpiar la vereda. De inmediato llamó a la policía. El cadáver estaba boca abajo y a su alrededor se había formado un gran charco de sangre. A Mei la habían sorprendido mientras subía la cortina metálica y tal vez ese ruido había amortiguado el sonido de los disparos: tres balazos por la espalda. Si bien algunos vecinos dijeron haber oído algo —«una frenada brusca y un estallido», describió uno de ellos— la mayoría aún dormía o acababa de despertar y ninguno salió en ese momento a investigar el origen del ruido. Claramente no se había tratado de un robo: nadie entró en el supermercado y ni siquiera revisaron los bolsillos de la mujer, donde llevaba algo de dinero.

El diario dedicaba un largo párrafo a describir la escena de la llegada del esposo,

quien debió ser atendido por el servicio médico tras sufrir una crisis de nervios. Por lo demás la información era bastante escasa. La gente decía que ambos miembros del matrimonio Huang eran sumamente amables, pero nadie parecía conocerlos bien: según coincidieron varios clientes, conversaban poco debido a que su castellano era limitado.

Había al final algunas especulaciones sobre la posibilidad de que se tratara de un ajuste de cuentas ejecutado por una supuesta mafia china, que habría querido enviarle un mensaje al señor Huang por un asunto de pagos no realizados. Me pareció evidente que no había ningún dato firme detrás de esa hipótesis, sino simplemente la locuacidad de algún policía imaginativo al que el artículo aludía como «fuentes de la investigación».

Creo que el interés que me despertó el caso estuvo fundamentalmente ligado a que el hecho había sucedido en el barrio de Belgrano, que es donde yo vivo. El supermercado estaba a unas ocho manzanas de mi casa, por lo cual al otro día pasé por ahí. No había nada para ver, a excepción de un cartel en la puerta que anunciaba: «cerrado por duelo». Aunque habían limpiado la sangre aún se podía percibir una mancha oscura en el frente.

Seguí con atención la evolución del asunto en los días siguientes, pero los investigadores no parecían dar con la clave. La autopsia mostró que el arma homicida era una pistola calibre .380. Y poco más. Aunque algunos medios volvieron sobre el asunto de la mafia china, la hipótesis acabó por diluirse rápidamente. Luego se habló de un supuesto enfrentamiento con otros comerciantes por una «guerra de precios», pero tampoco eso condujo a ninguna parte. En realidad, los Huang daban la impresión de ser gente tranquila y trabajadora, que no tenía problemas con nadie.

De a poco, el caso fue desapareciendo de los medios. Y probablemente no se hubiera sabido más de él de no ser por todo lo que pasó después. Es decir, las otras muertes.

Hace un tiempo me enviaron a un psicólogo. Mamá pensaba que estaba desempeñándome muy por debajo de mi potencial (ésa es una frase que le gusta mucho). Y que el interés que tenía por los crímenes se había vuelto morboso y obsesivo. Nunca supe qué fue lo que le dijo a ella el psicólogo, pero a mí me insinuó que yo hacía todo eso justamente para molestarla.

Lo paradójico de todo esto es que yo me convertí en Sherlock en parte por el impulso que me dio ella. En los cuatro años que pasaron desde el concurso muchas veces pensé qué habría sucedido si no hubiera hecho caso a la exigencia de mis compañeros o si en casa hubiesen frenado mi participación en el programa. Quizás mi vida hubiera sido distinta. Pero supongo que desde el mismo momento en que le dije a mamá que me habían propuesto para ir a Exacto ya no hubo marcha atrás posible. Vi cómo su cara se iluminaba.

—Qué bien —sonrió—, nadie mejor que vos para eso. Hay que pensar bien en el tema: tal vez mitología...

—No, eso no.

—Mejor entonces algún aspecto de la astronomía: con ese tema podés lucirte a fondo, porque ya leíste mucho. Aunque no sé si no sería preferible algo en el área de la física... Es uno de tus fuertes.

—Mamá, ya está elegido el tema: Sherlock Holmes.

—¿Qué?

Me miró con una profunda consternación.

—Está decidido —insistí.

Dedicó varios días a argumentar en contra de la elección de un personaje de ficción como tema, ya que —sostenía— no tenía mayor interés para el público ni me permitiría dar vuelo ante las cámaras a mi capacidad intelectual. Cuando me saturó, le dije que si no era ese tema no sería ninguno: prefería no participar en el programa. Le llevó una semana digerir la derrota, pero una vez que lo hizo puso más entusiasmo que nadie en ayudarme con la preparación. Mamá es una persona eminentemente práctica y era obvio que entre Sherlock Holmes y la nada se quedaba con Sherlock Holmes.

Supongo que el concurso le permitía levantar sus expectativas. Ya entonces, yo venía decepcionándola sin parar. No es que me lo dijera: jamás pronunció una palabra en ese sentido. Lo máximo que se atrevía a decir era que no desarrollaba todas mis posibilidades. Pero yo lo sabía igual. En su mirada siempre estaba esa luz: la expectativa de que un día yo atrajera la atención de todo el mundo mostrándome absolutamente genial. No se trataba de sacarme buenas notas en la escuela ni de producir esmerados trabajos —eso nadie lo dudaba—, sino de algo mucho más alto. Y ahora el objetivo brillaba delante de nosotros.

Mi padre expresó algunas dudas sobre el asunto: temía que el concurso me quitara demasiado tiempo de mis otras actividades. Pero finalmente se dejó convencer, que es lo que suele hacer. Cinco días después de enviar la solicitud fuimos citados al canal para una entrevista. En la sala de espera había unos diez chicos más, con sus respectivos padres. Cuando entramos todos me miraron sin disimulo y noté que cruzaban comentarios en voz baja, indudablemente centrados en mi aspecto. Un aspecto pequeño tirando a minúsculo, debería decir. Si bien yo ya estaba acostumbrado a ser el menor y el más bajo de mi grupo, soportar la mirada crítica de los desconocidos me ponía un poco tenso. Intenté tranquilizarme durante la espera haciendo anotaciones mentales sobre las características de cada uno de mis posibles contrincantes, pero cuando el examinador nos hizo pasar me molestó ver otra vez esa sorpresa en sus ojos. Se llamaba Alejandro Pinkus, era joven y vestía informalmente.

—¿Qué edad tenés? —preguntó mientras buscaba mi ficha en su mesa.

—Diez.

—¿Y estás en séptimo grado? Porque ésta es una competencia para...

—Sí —lo interrumpí—, estoy adelantado.

—Ah, bueno. Espero que tengas claro —dijo con expresión seria— que en caso de ser elegido no habrá ninguna contemplación especial por tu edad.

—Sí, está claro —asentí.

Entonces intervino mi madre. Yo hubiera preferido que se quedara callada.

—Francisco tiene diez años, pero su nivel intelectual es el de un chico de catorce o quince. Tiene un cociente de 152, por lo que se lo considera «excepcionalmente dotado».

Pinkus la miró con desagrado.

—Qué bien.

Volvió su vista hacia el formulario.

—Entonces tu tema es... —leyó— «Sherlock Holmes, el más ilustre detective de la literatura y su creador, Sir Arthur Conan Doyle».

—Sí.

—Mmm... Así que Sherlock Holmes... A mí también me gustaba. Me imagino que leíste todos los libros.

—Leí las cuatro novelas entre quince y veinte veces. Los cincuenta y seis relatos algunas veces más, aunque no llevo una cuenta exacta.

—¿Veinte veces? —el tipo levantó las cejas—. ¿Y cuál de los libros es tu preferido?

—*El sabueso de los Baskerville* —dije sin dudar—. Seguramente a usted también le gusta.

—¿A mí? —sonrió sorprendido—. ¿Por qué lo decís?

—Bueno, le gustan los perros. Al menos tiene uno. Cachorro, diría yo.

Ahora el tipo parecía azorado.

—Ahí sí que me atrapaste. ¿Cómo sabés?

—Las zapatillas. En una de ellas tiene la punta y el cordón mordisqueados. Es algo que suelen hacer los perros jóvenes.

Largó una carcajada.

—Muy bien. De modo que tenemos un pequeño Sherlock Holmes con nosotros.

En verdad, había sido una estrategia bastante burda. Obsesionado como estaba con el método deductivo, en aquella época no hacía más que mirar a la gente en busca de mínimos detalles que desvelaran algo de su historia. Con Pinkus no había sido difícil: su zapatilla izquierda mostraba con toda claridad las marcas de una dentadura canina. Desde el momento en que lo noté, había estado buscando la forma de introducirlo en la conversación para impresionarlo. La excusa había sido bastante mala, pero era claro que había tenido éxito: ahora el hombre parecía encantado conmigo. Intentó recuperar la seriedad.

—¿Te sentís preparado para la competencia?

—Creo que voy a estar bien.

—¿Y si perdés?

—Puedo aceptarlo. Pero no voy a perder.

Volvió a reírse.

—Así se habla —cerró la carpeta donde estaba el formulario, dando la entrevista por terminada—. La semana que viene los van a llamar para informarles si fue elegido.

—Pero ¿usted qué piensa? —preguntó mi madre mientras nos levantábamos. Yo oí que se mostrase tan claramente ansiosa.

—Pienso que tiene buenas posibilidades —el tipo ya estaba abriendo la puerta. Cuando salíamos, me guiñó el ojo.

Una vez que nos confirmaron mi participación en el programa empecé a prepararme. Me quedaba un mes y al principio me pareció que el tiempo sobraba: sólo tenía que repasar los hechos de la vida de Conan Doyle y leer todas las historias una vez más, si bien ya las conocía al dedillo. Un aspecto mío del que todavía no hablé es mi gigantesca memoria: retengo inmediatamente nombres, datos y fechas y soy capaz de repetir textos casi sin errores habiéndolos leído sólo un par de veces. Eso hace que mi cabeza esté llena de los detalles —algunos interesantes, otros completamente estúpidos— que absorbo a cada instante. Pero mamá no estaba dispuesta a dejar nada librado al azar y desde el primer día se empeñó en ayudarme a «reafirmar mis conocimientos». La práctica empezaba por la mañana, mientras me preparaba el chocolate con leche.

—¿Lugar de nacimiento de Conan Doyle?

—Edimburgo. El 22 de mayo de 1859.

—¿Padres?

—Charles Doyle y Mary Foley. Mamá, demasiado fácil —solía decir yo a la segunda o tercera pregunta, mientras revolvía el chocolate.

—No viene mal repasarlo —alegaba ella a la vez que untaba una tostada—. ¿Nombre completo?

—Eso está mejor. Arthur Ignatius Conan Doyle. Él incorporó «Conan» a su apellido.

—¿Estudios?

—Hizo la carrera de Medicina y luego se especializó en Oftalmología.

—¿Primer trabajo como médico?

—En un barco: el *Mayumba*, que iba de Liverpool al África.

A esa altura yo habitualmente ya había terminado el chocolate y preparaba mi mochila.

—¿Cuál fue la primera historia en que apareció Sherlock Holmes?

—*Estudio en escarlata*, 1887. ¡Facilísimo!

Ella me seguía hasta la puerta del ascensor y aún le quedaba tiempo para una pregunta.

—¿Nombre de la primera esposa de Conan Doyle?

—Louise Hawkins —gritaba yo mientras el ascensor empezaba a bajar—. ¡Requetefácil!

El principal cambio en esa época lo experimenté en la escuela. La mayoría de mis compañeros habían modificado completamente su actitud hacia mí. No quiero decir que me consideraran uno más: creo que siempre fui para ellos alguien raro. Pero la sensación de que yo estaba haciendo algo para que obtuvieran el viaje los volvía más amigables. Los más sensibles, como Lorena, me preguntaban cómo iba mi preparación o si podían ayudarme en algo. La bestia de Colpi, en cambio, prefería otros métodos.

Una tarde se acercó a mí durante un recreo, mientras yo releía *El signo de los cuatro*.

—Espero que estés trabajando en lo tuyo y no perdiendo el tiempo, Sherlock.

Suspiré y lo observé detenidamente.

—Sí, estoy trabajando, Colpi. Vos en cambio te limitás a comer galletitas de chocolate.

Me miró extrañado.

—¿Cómo sabés lo que comí?

Estuve a punto de decirle que era bastante evidente, porque las migas habían impregnado sus medias blancas, pero preferí dejarlo con la duda.

—Elemental, Colpi.

Sonrió.

—Está bien, sos muy vivo. Muy astuto. Espero que te sirva en la televisión,

porque si llegás a perder...

Hizo un gesto explícito con la mano.

—Ya sé, me matan.

—Sí, Sherlock. Elemental.

Quien verdaderamente me ayudó a prepararme fue Arturo. Si bien su detective favorito en la literatura no era Holmes sino Hércules Poirot —hemos pasado buena parte de nuestras vidas discutiendo cuál de los dos era más inteligente— en aquellos días se dedicó a leer a fondo varias obras de Conan Doyle para elaborar preguntas basadas en los argumentos. Solíamos hacer esto en voz muy baja durante alguna clase aburrida o en los recreos, mientras caminábamos por el patio. De tanto vernos cuchicheando con algún libro en la mano resultó natural que también le pusieran un apodo a él y, por supuesto, fue Watson. En una de esas rondas de preguntas, Arturo consiguió bajarme los humos. Fue durante una clase de Plástica, en la que fingíamos estar muy interesados en las ilustraciones que teníamos delante.

—¿Qué instrumento toca Holmes? —susurró Arturo.

—El violín. Pensá algo más difícil.

—¿Cuál es la dirección de la casa que comparten?

—Baker Street, número 221 B. Eso lo sabe cualquiera.

—¿Cómo se conocen Holmes y Watson?

—Los presenta Stamford, un médico amigo de Watson que sabe que ambos están buscando un alojamiento —suspiré—. ¿Eso es lo más difícil que se te ocurre?

—No te hagas el vivo. Te estás pareciendo a Holmes por lo soberbio. A ver... En *El signo de los cuatro* el detective pide prestado un perro rastreador. ¿Cómo se llama?

—*Toby* —me reí—. ¿Creíste que no lo iba a saber?

—¿Cuál es el nombre de la mujer con la que se casa Watson?

—¿La mujer? Mary... Mary... ¿Murdoch?

—¡Noooooo! —Arturo se puso de pie, exultante por haberme hecho dar un paso en falso y llamó la atención del profesor que lo miró irritado. Volvió a sentarse—. ¡Error! —susurró—. Es Mary Morstan. ¿Qué tiene que decir ahora el pedante de Sherlock?

Me reí y cité una de mis frases favoritas.

—«Watson, si en alguna ocasión le parece que yo me muestro demasiado confiado en mis facultades, tenga usted la amabilidad de cuchichearme al oído la palabra *Norbury*, y le quedaré infinitamente agradecido».

—¿Cuándo dice eso?

—En *La cara amarilla*, después de meter la pata con la solución del caso. *Norbury* es un fracaso para él.

—*Norbury* —sonrió Arturo—. Voy a tratar de recordarlo.

Creo que esas conversaciones con Arturo fueron los momentos más agradables de mi preparación. Pero a medida que se acercaba el momento, la tensión crecía a mi alrededor. No es que yo dudara de mis conocimientos: tengo la impresión de que mi memoria retenía en ese momento más detalles sobre Sherlock Holmes de los que alguna vez pudo recordar su propio autor. Pero notaba cómo mis compañeros, pendientes de que consiguiera para ellos el anhelado viaje, se ponían más ansiosos a cada día. Y lo que es peor, también veía aumentar el nerviosismo de mi madre.

El programa empezaba un miércoles. Teníamos que presentarnos en el canal a las cuatro de la tarde, por lo que fui a la escuela como todos los días. Cuando volví, la encontré diferente. Evidentemente había estado en la peluquería, donde le habían realizado un sofisticado corte y peinado. Y se estaba probando distintos vestuarios, intentando decidir cuál usaría.

—¿Por qué tan elegante? —pregunté—. No sos vos la que va a salir en cámara.

—Nunca se sabe —me respondió mientras se observaba en el espejo—. Hay que estar listos para todo.

Entonces se dio vuelta y me dirigió una mirada intensa.

—Hoy empieza algo muy importante para tu vida.

No le contesté. Me encerré en mi habitación y miré la pared donde tengo colgada la foto que amplié de la estrella V838 Monocerotis. He descubierto que observar a Mon y dedicarme a pensar en los motivos por los cuales durante algunos meses se convirtió en la estrella más brillante de nuestra galaxia, o en temas como el concepto de la energía oscura o el origen del Universo, me resulta sumamente tranquilizador. Pero ese día no funcionó. Entonces intenté concentrarme en la vigesimosegunda lectura de *Estudio en escarlata* y volví a fracasar. A mi cabeza venían los torneos de ajedrez a los que nunca había querido ir. Y por primera vez tuve conciencia de que tampoco quería participar en este concurso. Pero era demasiado tarde.

Tenía el fuerte presentimiento de que mi Norbury estaba esperándome. Y que esta vez podía decepcionar a mucha gente.

El segundo asesinato tuvo lugar a las ocho y media de la noche, hora en que María Luisa Reyes siempre sacaba la basura. Se trataba de una mujer de hábitos muy regulares. Llegaba del trabajo a las ocho en punto y media hora más tarde salía para dejar la bolsa de basura en la esquina, por donde pasaba el camión recolector. De haber vivido en otra calle, mucha más gente podría haber visto al asesino. Pero la casa de Reyes estaba ubicada en un pequeño pasaje del barrio de Belgrano por donde no pueden circular los autos y muy rara vez pasa algún transeúnte.

Sucedió nueve días después de la muerte de Huang Mei y en la misma zona: entre un lugar y otro no había más de diez cuadras. Sin embargo, en un principio nadie relacionó los dos casos. No había, en apariencia, nada que los uniera.

Según leí en el diario, María Luisa Reyes era una agradable mujer de sesenta y cuatro años, que trabajaba como secretaria en una empresa de publicidad. Había enviudado dos años antes y estaba a punto de jubilarse. En su trabajo todos la apreciaban mucho, tanto que tras el fallecimiento de su marido le habían ofrecido acelerar los trámites de la jubilación para que no tuviese que volver a la oficina. Ella, sin embargo, no quiso: prefirió seguir un tiempo más, de modo de estar ocupada mientras se adaptaba a su nueva situación. Sus compañeros de trabajo les contaron a los periodistas que estaban preparando una fiesta sorpresa de despedida para fin de año, cuando María Luisa finalmente dejaría la empresa.

Al parecer, todo el mundo la quería. Tenía dos hijas y tres nietos que la visitaban asiduamente y una gran cantidad de amigos que no hicieron más que hablar maravillas de ella. Supongo que todo este cuadro hizo que su asesinato generara tanto impacto. ¿Quién podía querer acabar con una mujer tan encantadora?

La primera hipótesis fue que se había tratado de un intento de robo. Tras llevar la basura a la esquina, la señora había vuelto a su casa. Cuando la atacaron, aparentemente estaba abriendo la puerta. A su lado, en el suelo, quedó el manojito de llaves. Pero si querían robarle, ¿por qué no agarraron el reloj ni la cadena de oro que llevaba en el cuello? Quizás, especuló un investigador, el ladrón la siguió, forcejeó con ella para que le permitiera entrar a la casa y en la refriega se le escapó el disparo, tras lo cual, asustado, huyó. Era posible, y aun así, no terminaba de resultar creíble. Sobre todo porque días después la autopsia desveló que el disparo había sido efectuado desde una distancia de ochenta o noventa centímetros, lo cual parecía dejar de lado el forcejeo.

La única persona que vio algo fue una vecina que vivía a unos cincuenta metros. Dijo que eran poco más de las ocho y media cuando oyó una detonación, que adjudicó a un petardo. Pocos minutos después percibió claramente el ruido de una moto. Considerando que la calle dobla sobre sí misma, habitualmente son pocos los que entran: supuso que sería el repartidor de alguna pizzería. Se asomó a la ventana y

vio irse la moto, conducida por un hombre de impermeable oscuro y casco. No pudo ver su cara. Fue esa misma mujer la que descubrió el cadáver media hora más tarde, cuando también ella salió a sacar la basura.

La escena —el motociclista, el disparo certero en la cabeza, la velocidad con que todo sucedió— también generó especulaciones en torno a un asesinato por encargo. Pero el perfil de la víctima no parecía encajar con esa idea. Ni siquiera había cuestiones de dinero: María Luisa vivía bien con su salario y la pensión de su esposo, pero no tenía una fortuna que alguien pudiera codiciar. Entonces ¿por qué la mandarían matar?

En el último párrafo del artículo encontré un dato interesante: no muy lejos del cadáver habían encontrado un guante impermeable, del tipo que usan los motociclistas. Obviamente no era de la señora, de modo que parecía habersele caído al criminal. Un detalle que me resultaba muy poco compatible con la idea de un asesino profesional.

Acababa de cerrar el diario cuando mamá se acercó.

—¿La viste?

—¿A quién?

—A la chica, en el diario. Seguro que no: últimamente sólo lees los policiales.

Tomó el diario y pasó rápido las hojas hasta llegar a la sección Educación. Ahí me señaló una pequeña foto.

—Acá está: la chica araña.

Efectivamente, era ella. Violeta Bartis. Los mismos ojos, el mismo pelo. El recuadro hablaba de un concurso de proyectos de Biología para estudiantes de secundaria organizado por la Secretaría de Educación. Cinco equipos habían sido premiados y expondrían sus trabajos en un museo durante dos días. Ella estaba en el grupo que había obtenido el primer premio, por un proyecto sobre el hábitat de las hormigas. De modo que seguía con los bichos, pensé.

Durante un buen rato me dediqué a observar la foto. Había cambiado en los últimos cuatro años. Estaba, si eso era posible, aún más linda. Y seguía teniendo ese gesto desafiante que me había impactado el día en que la conocí. El día que empezó el concurso.

Los cinco nos vimos por primera vez en el estudio del canal. Aquel día, cuando me anuncié en la puerta, llamaron a un hombre de la producción para que me condujera a la sala donde los otros participantes estaban reunidos: ahí nos iban a explicar en detalle cómo eran las cosas. Mi madre se disponía a ir conmigo, pero el tipo la frenó.

—Ahora queremos que los chicos se conozcan, señora. Les vamos a dar la oportunidad de que se hagan amigos.

¿Amigos? Estuve a punto de reírme. Más que hacernos amigos, pensé mientras lo seguía por un largo pasillo, era probable que alguno intentara clavarle a otro un cuchillo en la espalda. Cuando entré en la sala, sin embargo, los cuatro estaban tranquilamente sentados en torno a una mesa baja, tomando jugos y comiendo sándwiches. Imperaba un silencio incómodo. Mientras buscaba un lugar, uno de ellos se inclinó para servirse más bebida y preguntó en un tono que buscaba parecer despreocupado qué temas habíamos elegido.

—Yo contesto sobre fútbol —dijo un flaco alto que, según me enteré después, se llamaba Ricardo.

Pensé que era un tema apropiado para él. Estaba vestido con pantalones cortos azules y una remera deportiva blanca. Tenía la cara y los brazos bronceados y en una de las piernas un par de marcas oscuras eran prueba de las patadas recibidas. Miró al que había hecho la pregunta.

—¿Y vos?

—Los poemas homéricos: la *Ilíada* y la *Odisea*.

Éste tenía la exacta apariencia del tragalibros de la escuela. Mucho más que yo, por cierto. Pelo muy corto, anteojos, un vestuario excesivamente pulcro y una tensión en el maxilar que desvelaba lo que su aparente soltura quería ocultar: que estaba muerto de miedo. Giró la cabeza hacia donde estaban sentadas dos chicas.

—¿Y ustedes?

—Yo, los viajes de Cristóbal Colón —dijo una de ellas con una voz tan quebradiza que parecía a punto de largarse a llorar.

Se llamaba Rosaura y tenía un peinado extremadamente elaborado: toda su cabeza estaba dividida en trenzas finitas, que parecían adheridas al cráneo. Días después, cuando le pregunté por el arreglo (semejante obra arquitectónica en una cabeza me resultaba fascinante), me dijo que eso se llamaba «trenzas cosidas», que su propia madre las hacía y que no era tan difícil aunque dolía un poco. También se había tomado mucho trabajo con la ropa: llevaba una camisa de gasa color lila y unos ajustados pantalones negros. Los zapatos, estrechos y en punta, se veían sumamente incómodos. Noté que tenía los labios pintados de un rojo oscuro y que los movía poco, supongo que para evitar que se le notara la ortodoncia.

La otra chica no podía ser más distinta: una de esas bellezas naturales que no

requieren de ningún realce. Tenía una masa de exuberante pelo oscuro suelto y gigantescos ojos azules sin maquillaje. Su vestuario se limitaba a un par de vaqueros y una camiseta negra. Observé que tenía las uñas mordidas, único rasgo que contradecía su aparente serenidad. Nos miró con ese gesto desafiante que le iba a ver en otras oportunidades.

—Mi tema —dijo en voz baja— son las arañas.

—¿Arañas? —Rosaura la miró azorada—. Qué asco.

La beldad sonrió condescendiente.

—Sé que mucha gente las odia, pero a mí siempre me gustaron.

Enseguida se dio vuelta y se dirigió a mí.

—Sólo faltás vos —dijo, pero antes de que pudiera contestar alzó las cejas y agregó—: ¿Qué edad tenés?

La odié por eso.

—Diez. Estoy adelantado.

Ignacio abrió mucho la boca.

—¡Diez! ¡Tan chico! Yo estoy por cumplir trece. No es justo que te pongan a competir con nosotros.

—Yo quise participar en este concurso, nadie me obligó —contesté irritado—. Pienso ganar el viaje para mi grupo.

—¿Y cuál es tu tema? —preguntó Ricardo.

—Sherlock Holmes y su creador, Arthur Conan Doyle.

Violeta sonrió.

—Sos raro —dijo—. Si te miro, tenés diez años. Pero si cierro los ojos y sólo te oigo, parecés mayor.

En ese momento se abrió la puerta y apareció Alejandro Pinkus.

—¿Están listos? —sonrió—. En quince minutos los lanzamos a la fama.

Ricardo se paró de un salto. Violeta e Ignacio lo imitaron más lentamente. Vi que Rosaura se aferraba al respaldo de una silla y se incorporaba con dificultad. Le temblaban las piernas. Yo, en cambio, me quedé sentado: acababa de darme cuenta de que tenía muchas ganas de vomitar.

El plan de aquel primer día, según la explicación que nos dio Pinkus antes de salir al aire, era avanzar suavemente. Se trataba de presentarnos ante los televidentes y hacernos alguna pregunta fácil para entrar en calor. Pero no habría ningún descalificado. Recién en la segunda ronda las cosas se pondrían duras.

La noticia me relajó un poco. Pero no llegué a disfrutar mucho de esa sensación: minutos después conocimos al conductor del programa, un tal Micky Corelli, que me sumió en una profunda depresión. Era uno de esos tipos que hacen quince chistes por segundo y todos malos. Peor aún, parecía esperar de sus interlocutores un comportamiento similar. Yo, tengo que confesar, nunca he sido bueno con los chistes

rápidos. Desde bastante chico desarrollé una veta cínica que puede llegar a ser graciosa, pero claramente no era ése el estilo para mostrar en televisión.

Nos ubicaron en nuestros lugares: cada uno tenía un escritorio alto con un taburete. Las gradas estaban rebosantes de gente, ya que habían admitido delegaciones de todos los colegios participantes. Busqué con la mirada al mío y me alentó ver en primera fila a Watson, que levantó sus pulgares en un gesto de triunfo. A su lado Colpi me sonrió de costado, vagamente amenazador. Alejé mi vista de él. Entre el público detecté a mi madre con el cuerpo tenso y los ojos fijos en mí.

La primera víctima de Corelli, una vez pasados la presentación y los auspicios, fue Ignacio. Supongo que su aspecto de sabelotodo le hizo pensar que era un buen comienzo. Se le acercó con su sonrisa ancha y, mirando a cámara, gritó.

—¡Nuestro primer participante! Este muchachito que tenemos aquí, pese a su extrema juventud, nos va a transportar a la antigüedad. ¿Por qué no le explicás a la audiencia cuál es el tema que elegiste?

—Los poemas homéricos —susurró Ignacio, un tanto pálido—. La *Ilíada* y la *Odisea*.

—¡Nada más y nada menos! —aulló Corelli—. ¡Mitos y dioses! ¡Héroes! ¿Cuál es tu héroe preferido? —aquí emitió una risita—. Me imagino que no es Superman.

Ignacio se veía aterrado.

—¿Preferido? No sé... quizás Aquiles.

—¡Aquiles! ¡Claro que sí!

Así siguió durante unos minutos en los que se burló del flequillo de Ignacio, hizo bromas sobre sus anteojos y llegó a llamarlo «nuestro pequeño Hércules», aunque supongo que quería decir Homero y se equivocó. Finalmente trajo el sobre con la pregunta, que resultó una obviedad absoluta.

—La *Ilíada* narra los acontecimientos sucedidos durante una guerra. ¿De qué guerra se trata?

Por primera vez, Ignacio sonrió.

—La guerra de Troya —respondió feliz.

—¡Exacto!

Corelli ya corría hacia su próximo participante. A mí me volvieron las náuseas, pero pasó de largo y se detuvo frente a Rosaura, que estaba aferrada a su mesa como si temiera que se volara. Con ella fue más compasivo, quizás debido a su evidente terror. Sólo la molestó con las trenzas y con insistentes sugerencias de que su padre (que, previsiblemente, era profesor de Historia) le iba a soplar las respuestas.

—¿Qué día salió Colón del Puerto de Palos? —preguntó cuando ya parecía estar aburrido de ella.

—El 3 de agosto de 1492 —respondió Rosaura con una voz tan débil que todos creímos que se estaba equivocando. Pero no, era correcto.

Pasaron avisos, auspicios, más bromas, volvieron a crecer mis náuseas y le tocó el turno a Ricardo. Creo que fue la estrella de ese día. Absolutamente calmo, contó

cómo había empezado a coleccionar figuritas de futbolistas a los tres años y aprendido sus nombres aún antes de saber los números. Corelli y él descubrieron que eran del mismo equipo de fútbol, lo cual creó entre ellos un lazo indestructible. La pregunta que al fin le tocó era apta para retrasados mentales: aun yo (que he visto cinco o seis partidos en mi vida) sabía quién había sido el director técnico argentino durante el último mundial de fútbol.

A Violeta le faltó elocuencia, aunque ese déficit fue de alguna manera compensado por sus encantos. Al menos eso pensé yo. En un tono de voz bajo y algo dubitativo, habló sobre su interés por las arañas, un tema que pareció concitar tanta atracción como repugnancia en el público, sobre todo cuando admitió que tenía una colección en cajas de vidrio y que cada tanto alguna se escapaba y hacía un paseo por la casa. Corelli no se esforzó en reprimir ninguno de los chistes que le vinieron a la cabeza. Por ejemplo:

—¿Por casualidad no sos la novia de Spiderman?

Y también:

—¿Dormís en la cama o colgada de una tela?

Ante el silencio de la chica pareció cansarse y decidió pasar a la pregunta: la cantidad de patas de estos insectos («artrópodos», corrigió Violeta con cara de fastidio). Resultaron ser cuatro pares.

Hubo aún una pausa más, durante la cual mis náuseas aumentaron a un nivel que consideré preocupante. Intenté tranquilizarme pensando que, siendo yo el último, me dedicaría menos tiempo. Me equivocaba.

—¡Y ahora nuestro participante más pequeñín! —tronó después de los avisos.

¿Pequeñín? Empezábamos mal. Intenté sonreír mientras él le explicaba al público que yo sólo tenía diez años y mi inteligencia me había permitido saltar varios grados.

—Me contaron que te dicen Sherlock. Y ¿existe algún Watson? O quizás... — produjo una sonrisa que pretendía ser pícara— ¿... una Watson?

—Tengo un amigo al que le dicen Watson —admití.

—Dos caballeritos, entonces. ¿Y por qué te interesó Sherlock Holmes? ¿No es un poco antiguo?

Preferí pasar por alto ese estúpido comentario.

—Me gustan las historias de crímenes. Y Holmes es el mejor detective.

—Así que crímenes... Bien, supongamos que en este estudio acaba de ocurrir un crimen —Corelli sonrió a la cámara, obviamente encantado con su idea—. ¿Qué harías?

Miré a mi alrededor.

—Buscaría el cadáver.

La gente se rió.

—El cadáver... Bueno, digamos que el cadáver soy yo.

Aquí Corelli hizo de payaso, desplomándose sobre una silla y sacando la lengua

afuera. La gente volvió a reír.

—Entonces —abrió los ojos—, ¿cuál es tu primer paso?

—Saber cómo murió. ¿Tiene heridas?

—Un balazo —dijo dramático mientras se ponía una mano en el lado derecho del pecho—. En el corazón.

Estuve a punto de aclararle que se había equivocado de lado, pero me pareció inoportuno. Me acerqué y lo observé.

—Lo que haría sería buscar rastros: huellas, algo que haya podido dejar el asesino, señales de una lucha...

—Pero digamos que no hay nada —siguió Corelli, que obviamente me la quería hacer difícil—. El asesino disparó y huyó hacia allá... —señaló vagamente al público—. No hay ningún rastro. Entonces ¿qué harías?

—Pensaría en los motivos para llegar hasta el culpable.

—¿Y quién puede tener motivos para matarme?

—No sé... ¿Alguien a quien no le gusten sus chistes?

Sé que estuvo mal. Lo supe en el instante en que el público estalló en carcajadas. Pero era tarde para retirarlo.

—Muy gracioso, Sherlock, muy gracioso.

Aunque Corelli sonreía, era evidente que no le había gustado nada. Me odiaba.

—Pasemos a la pregunta —dijo abriendo el sobre que le habían alcanzado—. ¿Cuál es la profesión de Watson?

Dios mío. Semejante estupidez.

—Médico —dije.

Por supuesto la respuesta era correcta, pero el silencio que hizo Corelli durante unos segundos me puso los pelos de punta. Quizás *ellos* no sabían la respuesta correcta. No: sólo quería alterarme.

—¡Exacto! —gritó al fin.

Hubo aplausos y minutos después terminó todo. Había sido horroroso. El único consuelo que me quedaba era que faltaba menos para el final.

Creo que en algún lugar yo sabía, aun antes de empezar, que todo el asunto de la competencia ante las cámaras me iba a provocar un profundo desagrado. Pero lo que jamás hubiera podido anticipar fue la consecuencia más penosa de esa experiencia: la fama. Tuve una pequeña muestra a la mañana siguiente, cuando salí hacia la escuela. Dora, la vecina del séptimo piso, me detuvo en la puerta.

—¡Así que Sherlock Holmes! ¡Felicitaciones! —dijo tocándome innecesariamente la cabeza. Odio que me toque la gente que no conozco—. No sabía que en mi mismo edificio tenía un genio.

—No soy un genio. Sólo leí...

—¡Vamos! No seas modesto, estamos en familia —bajó la voz y se acercó

demasiado a mi cara—. Sé que vas a ganar. Y no estaría mal que en algún momento nos mencionen. Ya sabés, los vecinos, el edificio...

Yo no sabía de qué diablos hablaba.

—Sí, claro —dije soltándome de sus manos—, ahora me tengo que ir.

Corrí hasta la escuela. En la entrada me detuvo el director, que nunca antes me había dirigido la palabra. Me palmeó la espalda y murmuró algo acerca del prestigio de la institución. Yo sólo quería llegar a mi aula lo antes posible. Mientras subía las escaleras percibí cuchicheos de un grupo de chicas y vi gente que me señalaba. Finalmente entré a mi sala, ansiando encontrar refugio. Pero me esperaban aplausos y chiflidos de mis compañeros, más excitados que nunca con la posibilidad de ganar. En los días que siguieron, hasta llegué a extrañar la época en que nadie me hablaba.

Y eso era sólo el comienzo.

Las primeras informaciones sobre la relación entre los crímenes produjeron el efecto de una bomba. Dos diarios publicaron trascendidos sobre la línea que estaba tomando la investigación y el fiscal no tuvo más remedio que confirmarlo. Todo indicaba que detrás de las dos muertes había un mismo asesino, que había empezado a apretar el gatillo mucho antes de lo imaginado.

El primer incidente, en verdad, era desconocido para la mayoría de la gente, ya que casi no había tenido difusión. Un par de meses antes de la muerte de Huang Mei, alguien había disparado contra un vagón de tren en la estación Belgrano R. Era de noche y el vagón estaba vacío, de modo que el asunto no había tenido mayores consecuencias. Pero cuando los investigadores volvieron sobre los informes elaborados en aquel momento encontraron que, en su declaración, dos muchachos que acababan de bajar del tren dijeron haberse cruzado con un tipo de impermeable oscuro que entraba a la estación: al ver que llevaba un arma asomando del bolsillo escaparon asustados. Y el guarda recordó que había oído el ruido de una moto inmediatamente después de las detonaciones. La vaina de una de las balas, calibre .380, apareció luego en el andén.

Diez días más tarde sucedió el segundo incidente, un poco más serio. Yo tenía un vago recuerdo de ese caso, ya que los diarios le habían dedicado alguna atención. Eran las cuatro de la tarde de un viernes lluvioso cuando una moto se detuvo frente a una confitería ubicada en la calle Zapiola, del barrio de Belgrano. Su conductor, vestido con un impermeable oscuro y un casco que le ocultaba parte de la cara, sacó un arma del bolsillo y disparó dos veces contra una ventana, tras lo cual huyó. Milagrosamente, nadie resultó herido: una de las balas se incrustó contra el marco de la ventana y la otra perforó el vidrio, rozó una mesa y terminó en el suelo. Eran calibre .380.

Al principio, el episodio se investigó como un posible ataque contra la mujer que estaba sentada junto a esa ventana, una profesora de Literatura que había aprovechado una pausa en el trabajo para tomarse un café. Pero nada salió de allí: la mujer dijo que no tenía enemigos, ni historias pasionales pendientes y era la primera vez que iba a esa confitería. Terminaron por considerar la cuestión como obra de un desquiciado.

La verdad es que los investigadores no parecían demasiado sagaces y cada uno de los incidentes había sido analizado por diferentes unidades, con lo que tardaron mucho en hacer la conexión. Un diario reveló que, en realidad, lo que los puso sobre alerta fue una llamada anónima que recibió la policía, donde les aconsejaron estudiar la similitud entre los casos.

Una vez que pusieron todos los datos sobre la mesa vieron que, efectivamente, había demasiados puntos comunes como para despreciar el consejo: la zona de acción, la elección de víctimas mujeres, la presencia del motociclista, el mismo tipo de arma. El perfil del criminal con el que se manejaban ahora era un hombre de mediana edad, con las facultades mentales alteradas, que se movía por la zona de Belgrano y, aparentemente, tenía algo contra el género femenino.

No parecía haber en las víctimas un patrón común: ni edad, ni profesión, ni aspecto. Sólo que eran mujeres. Huang Mei era baja y delgada; tenía cuarenta años aunque aparentaba menos. Nunca se maquillaba y llevaba el pelo muy corto. A la señora Reyes, en cambio, se le notaban los sesenta y cuatro años y los kilos de más, pero iba siempre muy bien arreglada. La profesora de Literatura del bar, Marta Grinberg, era más del tipo intelectual: treinta años, anteojos redondos, ropa informal, maquillaje discreto. Agradable sin llegar a ser realmente linda.

Como cabía esperar, para los medios fue un festín. Expertos en crímenes seriales de distintas partes del mundo fueron consultados y hablaron de desórdenes mentales, misoginia, trastornos en la infancia, baja autoestima y toda una gama de posibles características. Hubo diversas teorías sobre las razones del criminal. La primera postulaba que no había motivo alguno, sino simplemente el impulso de matar, gatillado por una sensación de frustración o resentimiento que el asesinato aquietaba durante un tiempo. Pero luego surgió otra idea, fundamentada en el hecho de que las víctimas no parecían haber sido elegidas al azar, en algún callejón oscuro, sino buscadas con premeditación. Quizás después de todo existía algo que las uniera: algo que sabían o que habían visto, incluso sin estar conscientes de ello. La profesora de Literatura, que bajo esta luz pasaba a estar en extremo peligro, entró en un estado de *shock*. Le pusieron custodia policial día y noche y ya casi no salía de su casa.

Surgió, además, un elemento al que los medios dieron una gran importancia. En una nueva inspección en la casa de María Luisa Reyes fue encontrada una bolsa plástica del supermercado El Amanecer. Por supuesto, eso podía ser una simple casualidad: era factible que la mujer hubiese comprado algo en esa tienda, que no era lejos de su casa. Pero el dato dio lugar a toda otra cadena de especulaciones. Quizás las víctimas se conocían del supermercado, quizás había sucedido allí algo que todas presenciaron. Según pude leer, Grinberg también fue interrogada en este sentido, pero su respuesta no fue definitiva: aunque el lugar le resultaba familiar no estaba segura de haber estado allí. Claro que era tal su estado de nerviosismo que su confusión era más que aceptable.

En pocos días la tensión se propagó por todo el barrio. Hubo manifestaciones en reclamo de mayor seguridad y el gobierno saturó la zona de policías: era difícil caminar una cuadra sin encontrarse con un uniformado. Habían confeccionado un retrato robot a partir de los testimonios de los muchachos de la estación y de los

testigos del episodio en la confitería, pero las descripciones eran vagas y discrepaban en algunos puntos, por lo cual el resultado fue bastante dudoso. Aun así, los motociclistas eran continuamente detenidos: se los obligaba a mostrar documentos y a quitarse el casco para ver su cara. Ante la más mínima duda, los demoraban en la comisaría.

En esos días, muchas escuelas dispusieron operativos especiales para proteger a maestras y alumnos cuando entraban y salían. Quienes podían evitaban la zona. Restaurantes y cafés, viendo que la clientela se reducía, colgaron carteles donde anunciaban custodia privada. De todas formas, nadie quería sentarse junto a las ventanas.

Mi madre me advirtió que, dentro de lo posible, no anduviera por la calle. Pero yo no le hice caso. Nunca he sido una persona miedosa, quizás porque siempre analizo los hechos con la cabeza fría.

Una tarde fui a mirar de cerca la casa de María Luisa Reyes. Había algo que no me cerraba en esa historia. Cuando estuve allí, tuve un atisbo de lo que estaba dando vueltas por mi cerebro, intentando emerger. El pasaje en el que estaba ubicada la casa era una suerte de callejón bastante angosto y no había dónde esconderse. Por lo tanto, era imposible que alguien la hubiera estado esperando allí sin que ella lo viera. Tuvo que ser al revés: el asesino siguió a la mujer cuando volvía de sacar la basura. En ese caso, debió dejar la moto afuera. ¿Y por qué entonces la vecina vio la moto recorriendo el pasaje? No tenía ningún sentido. El olvido o la caída del guante, por otra parte, me parecía altamente improbable.

Salí de allí con la sensación de que tenía las piezas frente a mí, pero no llegaba a armar la escena. Quizás, después de todo, mi cerebro no daba para tanto. Es una duda que me ha asaltado a menudo: que mi tan promocionada inteligencia sea una mentira o, incluso, que la esté perdiendo.

Hace poco vi una película donde la gente podía elegir qué recuerdos borrar de su memoria. La idea no estaba nada mal. Si eso fuera posible en la realidad, creo que yo elegiría eliminar para siempre todo lo relacionado con mi participación en el programa. Fue un período en el que no sólo la pasé horriblemente mal, sino que también me porté a menudo como un verdadero imbécil.

Al principio pensé que el tiempo mejoraría las cosas, que si me acostumbraba a aparecer en televisión todo se volvería más tolerable. Pero fue exactamente al revés: a medida que mi cara se hacía conocida, la tortura crecía. Sabía, además, que la situación no tenía salida. No podía abandonar el concurso mientras me estaba yendo bien, porque de lo contrario me convertiría para mis compañeros en un traidor, un ser despreciable que arruinaba su única posibilidad de salir de viaje. Tampoco podía obligarme a perder. Era algo más fuerte que yo: me sentía incapaz de fallar voluntariamente y enfrentar la desilusión de los demás. Sólo me quedaba seguir adelante y ansiar que fuera corto.

El primer día Pinkus nos explicó el sistema de evaluación. Si la respuesta era perfecta obteníamos el puntaje completo, pero si era sólo parcialmente correcta, los «jueces» —un grupo de viejos con cara de aburridos que se sentaban a un costado del estudio— podían otorgarle al concursante parte del puntaje. La idea era que en cada emisión hubiera un descalificado. Por supuesto, esto no era posible si todos contestábamos siempre bien, de modo que preveían aumentar un poco la dificultad de las preguntas en cada etapa.

La primera en caer fue Rosaura. Llevaba un elegante conjunto de pantalón y blusa turquesa la tarde en que le preguntaron quién fue el que lanzó el grito de «Tierra a la vista» el 12 de octubre de 1492. Pensó unos segundos y musitó:

—Rodrigo Arana.

Aun antes de que Corelli le anunciara el error, vi cómo su padre, en la tribuna, se tapaba la cara con las manos.

—Ay, lo lamento —dijo el conductor sin aspecto de lamentar nada—. Es Rodrigo de Triana.

A Rosaura se le humedecieron los ojos y bajó la cabeza. Yo sentí una vergonzosa alegría por no estar en su lugar.

Mis preguntas, en esa ronda, volvieron a resultarme fáciles. Y aunque odiaba estar ahí, odiaba a Corelli y sobre todo odiaba que la mirada de todo el público —y de millones de televidentes— se clavara en mí, no puedo negar que disfrutaba acertando. Era un breve, casi ínfimo momento de felicidad.

—¿En quién se inspiró Conan Doyle para crear a Sherlock Holmes?

—En el médico Joseph Bell. Fue su profesor en la universidad.

—¡Exacto!

La hinchada de mi colegio aullaba de felicidad.

Pero antes y después yo sufría. Y cómo. Aquel día, cuando Corelli sacó la segunda pregunta del sobre y la observó, puso una extraña cara, como si evaluara que era demasiado difícil. A mí se me retorció el estómago.

—Conan Doyle decidió matar a Sherlock Holmes en uno de sus libros, pero luego tuvo que revivirlo por la presión de sus lectores. ¿Cuál es el escenario que elige y quién es el asesino?

Suspiré aliviado. Era una pavada.

—El asesino es el profesor Moriarty. Y el escenario, las cataratas de Reichenbach. Creo que detestó que acertara.

—Exacto.

Después de esa segunda ronda, las cosas se me pusieron difíciles. El asunto de la fama ya trascendía ampliamente a mis vecinos. Para mi desgracia, los medios que hacían notas sobre el programa parecían haberse fijado particularmente en mí. Supongo que no era casual. La producción había distribuido una foto tomada el primer día, para la que habíamos posado todos en la puerta del canal. Yo había quedado entre Roberto, el más alto, y Rosaura, que con sus tacos y su impactante vestuario parecía toda una mujer. El efecto era penoso: cualquiera podría haber imaginado que yo era el hermanito menor de alguno de ellos. El epígrafe de una revista que publicó la foto decía: «Y en el medio, Francisco “Sherlock” Méndez, de sólo diez años. Un pequeño genio». ¿A quién iba a mirar la gente?

Aun así, yo venía soportando con bastante estoicismo los golpecitos en la espalda que recibía en el ascensor de casa y en los pasillos de la escuela, hasta el día en que mamá dijo que teníamos que ir a comprar ropa, porque no podía seguir presentándome en el programa siempre con los mismos pantalones. Apenas entramos en el negocio la vendedora me señaló:

—Te tengo —dijo—. Sherlock.

Era una mujer con una boca enorme, que emitía palabras a velocidad de ametralladora. Mientras nos mostraba los pantalones, me aseguró que era su preferido en el concurso, que rogaba que ganara yo y no ese creído de la *Ilíada*, que el chico del fútbol no tenía nada que hacer al lado mío y varias cosas más que no retuve. Logré sonreír casi todo el tiempo, aun cuando también ella me aplicó sus golpecitos en la espalda mientras le susurraba a mi madre:

—Se ve que es un genio.

Pero ya estaba llegando a mi límite en el momento en que salimos del negocio y un grupo de chicas que caminaba por el centro comercial me señaló. Tenían unos doce años y todas llevaban el mismo uniforme escolar. Tironeé del brazo de mi madre para que nos apuráramos, pero no me hizo caso. De pronto, las chicas nos habían rodeado y sacaban de sus mochilas papeles y lápices. Me empecé a sentir

descompuesto y decidí mirar hacia el suelo.

—Fran —mamá me sacudió irritada—, las chicas te están pidiendo autógrafos.

Tomé algunos papeles sin mirarlas y garabateé mi nombre rápido mientras oía que murmuraban.

—¡Es más chiquito de lo que parece en televisión!

—Pero es un genio.

De pronto otro grupo se les unió. Más y más chicas que también me extendían sus papelitos. Yo no podía seguir soportando las náuseas.

—¿Cuánto es 564 por 389? —preguntó una.

—Seguro que sos el preferido de todas las maestras —dijo otra.

—¿Leíste más de cien libros en tu vida? —quiso saber una tercera.

—Creo que voy a vomitar —dije yo.

Mi madre me agarró la mano y corrimos hacia el baño.

El segundo en caer fue Ricardo. Se equivocó en una pregunta sobre los goles de un partido entre Argentina y Ecuador. Fue, a todas luces, un golpe para Micky Corelli, que no ocultaba sus preferencias. Tuve la sensación de que ese día se esforzaba porque otro más errara, lo cual hubiera mejorado las posibilidades de Ricardo. Cuando abrió el sobre de mi segunda pregunta sonrió, como disfrutando por anticipado de mi inminente derrota.

—¿En qué libro dice Sherlock Holmes por primera vez la famosa frase: «Elemental, mi querido Watson»?

Yo sabía la respuesta. Ansié que ellos también la supieran.

—En ninguno. La frase fue popularizada por el cine. En los libros, Holmes dice algunas veces «Elemental» y otras «querido Watson», pero nunca todo junto.

Corelli suspiró.

—Exacto.

Sólo quedábamos tres.

Después de esa ronda, empecé a obsesionarme con los detalles. Sabía que las preguntas se pondrían cada vez más difíciles y me asaltó la sensación de que había pequeños huecos en mis conocimientos. Inicé entonces una relectura de todos los libros, haciendo prolijas anotaciones. Dedicaba a esto prácticamente el día entero, a excepción de las horas en que estaba en la escuela. Mi habitación era un verdadero caos: el suelo estaba cubierto por hojas con listas y citas, además de pilas de libros, la ropa que me sacaba y restos de comida, porque en esos días solía comer mientras trabajaba. Le había prohibido a mi madre que entrara a limpiar.

—Hasta Sherlock Holmes ordena su estudio —me dijo un día en que ya se le habían acabado los argumentos para convencerme.

—No es cierto —dije sin levantar la vista de lo que estaba haciendo—. «Aunque mostraba un cierto esmero discreto en su manera de vestir, en sus hábitos personales

era uno de los hombres más desordenados que jamás hayan llevado a la desesperación a un compañero de pensión». *El ritual de los Musgrave*.

Ella me miró nerviosa.

—¿Qué?

—Lo dice Watson sobre Holmes en el cuento *El ritual de los Musgrave*.

—Ajá.

Creo que se estaba desesperando.

También en la escuela, la situación se volvía cada vez más difícil. Los chicos de cursos inferiores habían empezado a buscarme en los recreos. Querían que les diera autógrafos, que les firmara dibujos que habían hecho sobre Holmes y Watson o simplemente mirarme de cerca. Al cabo de unos días no lo pude soportar más y empecé a rechazarlos: escondía la cara tras un libro y decía que no me molestaran, porque estaba ocupado.

Arturo se mostró claramente molesto un día en que eché sin contemplaciones a un chico de segundo grado que pareció quedar al borde del llanto.

—Si no te conociera tan bien, Sherlock, pensaría que sos un idiota. Pero creo que te portás así por la tensión. Me parece a mí que estás muerto de miedo. ¿O no?

—«Querido Watson, aquí entramos en el terreno de las conjeturas, donde la mente más lógica puede fracasar». *La aventura de la casa vacía*.

—Me tenés hartó con tus citas —dijo levantándose—. Podrido.

Pero fue en el canal cuando llegué a mi punto más bajo, a la verdadera muestra de mi decadencia moral. Todos teníamos la costumbre de llevar algún texto para repasar en los largos tiempos que debíamos esperar para salir al aire. Aquella tarde, Violeta estaba concentrada en un nuevo tratado sobre arañas, Ignacio leía una lista de preguntas que su padre había confeccionado para ayudarlo y yo repasaba una biografía de Conan Doyle. De pronto Ignacio levantó la vista de sus papeles y me miró.

—Ajax el Menor —dijo—. Era hijo de... No estoy seguro. ¿Oileo?

—¿Oileo? —repetí yo frunciendo el ceño y meneando suavemente la cabeza.

No sé por qué lo hice. Al fin y al cabo, yo no tenía la más pálida idea de quién era Ajax. Pero él interpretó mi gesto como un indicio de error.

—No, no... Es cierto —dijo enseguida—. Es hijo de... Deucalión. Debe ser Deucalión.

—Puede ser —asentí—. Deucalión.

Empezó a revisar un libro, pero en ese momento vinieron a decirnos que pasáramos al estudio: el programa estaba por empezar. Violeta se levantó y antes de salir me miró. Me pareció que esa mirada decía todo.

Por supuesto, nada de ello habría tenido importancia de no ser porque ésa fue, exactamente, la pregunta que tuvo que responder Ignacio minutos más tarde.

Primero Corelli hizo una introducción que intentaba darle emoción a la jornada. Dijo que nos estábamos acercando al final, que las preguntas ya eran mucho más complejas y que al final de esa emisión todos conocerían el nombre de los finalistas: los dos que se batirían por el gran premio. Luego se volvió hacia Ignacio y sacó el papel del sobre.

—En la *Ilíada* aparecen dos personajes de nombre Ajax. Uno es Ajax el Grande, hijo de Telamón, rey de Salamina. El otro es Ajax el Menor. ¿De quién es hijo este último?

Vi que Ignacio se ponía muy serio. Se tomó unos segundos y después contestó con voz temblorosa.

—De Deucalión.

Micky Corelli se mordió el labio inferior.

—No. Lo siento. Ajax el Menor era hijo de Oileo, rey de Locris.

No quise mirar a Ignacio cuando se fue.

En los años que siguieron pensé muchas veces en este incidente. Repasé todos los detalles del diálogo y me consolé pensando que yo no lo engañé ni le mentí, que fue él quien eligió darle a mi gesto un sentido definitivo que no tenía. Pero también sé que cuando Ignacio me interrogó, yo debería haber dicho algo tan simple como «no sé». Esas dos palabras vulgares que dice la gente todo el tiempo. Sólo que los demás nunca esperan que yo las diga: suponen que siempre sé lo que hay que saber.

Lo que nunca podré olvidar es la mirada de Violeta. Creo que me va a perseguir hasta el final de mi vida.

Diez días después del asesinato de María Luisa Reyes la calma parecía haber vuelto al barrio de Belgrano. Si bien la gente de la zona seguía mirando obsesivamente a derecha e izquierda antes de entrar a su casa y recelando de cualquier motociclista que les pasara cerca, la opinión generalizada era que la fuerte presencia policial había disuadido al asesino de hacer nuevos movimientos. La tensión iba cediendo y otros temas empezaron a desplazar a los crímenes de las primeras planas. Cualquiera hubiera dicho que la crisis se había terminado.

Todo cambió bruscamente en el día once. Pasaba la medianoche cuando José Luis Miguez llegó a su casa de la calle Carbajal luego de una tardía cena de trabajo. Le llamó la atención una luz que salía de lo de su vecina: la puerta parecía estar levemente abierta. Se acercó a las rejas y la llamó.

—¿Lucía?

No hubo respuesta. Según explicaría después, Miguez la conocía desde que era niña, había sido amigo de su padre y, ahora que ella vivía sola, se sentía un poco responsable. Por eso, en lugar de irse a dormir sin pensar más en el asunto, tocó el timbre dos veces. Esperó unos segundos, pero nadie atendió. Su visión de la puerta no era buena, ya que la casa tenía un pequeño jardín delantero y el portón de rejas que la separaban de la calle. Además, la iluminación era difusa y el señor Miguez, bastante miope. Aun así, desde su punto de observación le pareció que había algo en el piso que impedía que la puerta se cerrara. Cuando se tomó de la reja, notó que el portón no estaba con llave, sino apenas apoyado. Lo abrió. Mientras avanzaba por el pequeño jardín volvió a llamar:

—¿Lucía?

Fue entonces cuando llegó a la puerta y se dio cuenta de que lo que impedía que se cerrara eran, precisamente, los pies de su vecina. Lucía Bernárdez yacía en la entrada de su casa con dos balazos en el pecho.

Tenía apenas veinticinco años. Según la información recogida por los medios, había sido asesinada cuando volvía a su casa desde la universidad, poco después de las diez. Aún llevaba puesto el abrigo y la cartera había quedado tirada a su lado. La puerta no estaba forzada, de lo cual se dedujo que la habían obligado a abrir y había muerto apenas cruzado el umbral. Tampoco en este caso el robo era el motivo: en la casa no parecía faltar nada. El asesino ni siquiera había revisado la cartera de Lucía, donde había dinero, tarjetas de crédito y un móvil.

Esta vez no esperé al día siguiente para leerlo en el diario: la noticia acaparó la atención de la ciudad y fue casi imposible ignorarla. La calle Carbajal se llenó de periodistas, curiosos y escandalizados vecinos que expresaban a los gritos su

descontento con una policía incapaz de frenar la ola de muertes. Las cámaras mostraron un desfile de dolidos amigos de la víctima, que la describieron como una chica tranquila y alegre, que jamás había tenido un enemigo. Dos años atrás había muerto su padre y desde ese momento vivía sola en la casa familiar. Estaba a punto de terminar la carrera de Antropología. Al parecer, por el momento no necesitaba trabajar: contaba con un interesante patrimonio. Tenía un novio de muy buen aspecto y un viaje a París en puertas. Uno podía deducir, en suma, que hasta el instante en que se topó con su asesino la vida le venía sonriendo a Lucía Bernárdez.

En los días siguientes no se habló de otra cosa. Un hombre que vivía enfrente contó que volvía a su casa, a las diez y diez, cuando se cruzó con una moto: la había observado con atención, porque desde «los incidentes» intentaba alejarse cada vez que veía una. El conductor llevaba casco e impermeable oscuro, aseguró. El dato coincidía con una huella encontrada en la puerta de la casa de Lucía. Como había llovido buena parte de la tarde, las calles estaban embarradas y el rastro era bastante claro: se trataba de un tipo de neumático vulgar, del que llevan millones de motos en la ciudad. No se hallaron, en cambio, señales de pelea ni huellas digitales. Al parecer, Lucía no había alcanzado a defenderse. La autopsia reveló, casi previsiblemente, que las balas eran de calibre .380.

Hubo un elemento que la policía se guardó varios días, quizás previendo el impacto que generaría: junto al cuerpo de la chica, además de su cartera, habían encontrado una bolsa del supermercado El Amanecer. Adentro había un paquete de arroz. Se trataba, según la interpretación que inmediatamente corrió de boca en boca, de una suerte de «firma» del asesino. Un claro gesto de desafío a quienes no lograban atraparlo. También fue un dolor de cabeza para el pobre señor Huang, ya que pronto sus clientes empezaron a abandonarlo. Se instaló la idea de que quien compraba allí corría el riesgo de ser asesinado. Finalmente, un día el supermercado apareció cerrado, con un cartel que anunciaba su traslado hacia otro barrio.

A mí el asunto de la bolsa junto al cadáver no me sorprendió demasiado. Me pareció, eso sí, que los métodos del asesino se estaban volviendo un poco obvios.

Las reacciones a partir de entonces llegaron al punto de histeria. Si antes el barrio ya había estado conmocionado, con este último asesinato la situación se volvió ingobernable. Todos los días había marchas que reclamaban más seguridad. Muchas mujeres se resistían a dejar sus casas y algunas escuelas decidieron cerrar hasta que cambiaran las cosas. Restaurantes y heladerías tuvieron que enviar los pedidos con repartidores en bicicleta, porque los clientes se negaban a abrirle la puerta a alguien que llegara en moto. Los pocos que se atrevían a conducir esos vehículos lo hacían sin casco, para que les vieran la cara. De lo contrario, se arriesgaban a ser linchados. Se empezó a rumorear que el jefe de policía, y quizás también el ministro del Interior, iban a caer por la incompetencia manifiesta de las fuerzas de seguridad para atrapar al

«asesino de la moto». Porque así fue apodado por los medios.

Yo, sin embargo, no compartí en absoluto esta sensación generalizada de pánico. No es mi estilo. Lo más parecido al pánico que sentí alguna vez fue en la etapa final del concurso.

Los días previos a la gran final fueron una tortura para mí. La inminencia del desenlace había desatado una catarata de notas en distintos medios periodísticos. Cuando más hubiera querido desaparecer, mi cara surgía en todas partes. Según pude ver, las preferencias entre Violeta y yo estaban divididas. Creo que ella tenía dos cosas importantes a su favor. La primera era su belleza. La segunda, la forma dulce en que hablaba de sus asquerosas arañas, un tema que despertaba una oscura fascinación en la gente.

En mi caso, supongo que lo principal era mi pequeñez. Mi reducido tamaño provocaba en muchas personas la sensación de estar frente a un fenómeno o, como dijo un periodista completamente confundido en una radio, «un futuro Einstein». Yo trataba de no prestar mucha atención a ese tipo de notas para evitar sentirme descompuesto, si bien no era fácil obviar el despliegue que hacía mamá en casa cuando las recortaba, las clasificaba y las colocaba prolijamente en carpetas.

Una tarde, cuando llegué de la escuela, la encontré cortando una que llevaba por título: «La chica araña *versus* Sherlock: ¿quién ganará?». Detuvo mi camino hacia la cocina para anunciarme que habían llamado de un diario y una revista pidiendo entrevistas conmigo. La revista proponía hacerme fotos con pipa, gorro y lupa.

—Ellos traerían todo —aclaró.

—No.

—¿No qué? ¿Te molestan las fotos?

—No a todo. Ni loco.

Dos días después, al llegar a casa la encontré en la sala conversando con una chica mientras un tipo le sacaba fotos. Sobre la mesa estaba el álbum de cuando yo era bebé y ella pasaba las páginas mientras contaba anécdotas. Había ido a la peluquería y llevaba un vestido nuevo. Cuando nuestras miradas se cruzaron me hizo un gesto para que me acercara, pero yo huí a mi habitación.

Esa noche me dijo que lo había hecho por mí.

—Pensé que era bueno que alguien diera la entrevista, para que no cayeran tus posibilidades. La chica está saliendo por todos lados.

—Mis posibilidades no dependen de las notas —dije—. Lo hiciste porque te gusta salir en las revistas.

Durante unos instantes me miró sin decir nada. Me di cuenta de que la había herido.

—No es así —se defendió levantando la voz—, yo hago todo...

No escuché el final de la frase: el golpe que di al cerrar la puerta de mi habitación me lo impidió. Después me arrepentí. No tanto por el efecto que pudo provocar en ella, sino porque odio perder el control de mis emociones.

Pese a lo mal que venía tratándolo, Watson demostró ser un buen amigo y se ofreció a instalarse en mi casa la noche anterior para ayudarme en lo que fuera necesario. Era un ofrecimiento generoso, teniendo en cuenta que yo me había convertido en un ser huraño y desagradable que pasaba las horas vagando por la casa mientras repetía citas como un autómatas.

Cuando llegó tenía preparada la pila de libros. Le pedí que los fuera abriendo al azar y me preguntase cualquier cosa de la trama o los personajes. Acerté en casi todo: decenas de preguntas. Pero tropecé en dos, y cada vez sentí que ante mí se abría un abismo que me chupaba hacia el fondo.

—Voy a perder —le dije—. Estoy seguro.

—No —contestó, aunque estaba visiblemente preocupado—. Sólo tenés que serenarte. La presión te mata.

Un rato más tarde mi madre nos llamó a cenar. Puso un bife con papas fritas ante cada uno de nosotros, pero yo tenía el estómago cerrado. Aparté el plato.

—No comiste en todo el día —advirtió mi madre y volvió a acercármelo.

—Mejor —dije y lo alejé.

—Sin comida el cerebro no te funciona —intervino Arturo y lo empujó otra vez hacia mí.

—No es cierto —volví a alejarlo—. «Las facultades se refinan cuando se está muy hambriento. Porque seguramente como doctor, mi querido Watson, debe admitir que la digestión gana en abastecimiento de sangre tanto como pierde el cerebro. Yo soy un cerebro, Watson. El resto de mí es meramente un apéndice». *La aventura de la piedra preciosa de Mazarino*.

—Estupideces —contestó mientras acercaba el plato una vez más—. Así corrés el riesgo de desmayarte en el medio del programa. Algo tenés que comer.

Pensé que en eso quizás tenía razón y me comí las papas fritas.

Seguimos con las preguntas hasta la medianoche. Me equivoqué dos veces más. Cuando finalmente apagamos la luz, me sentía como un trapo de piso. Bien podrían haber limpiado el baño con mi estado de ánimo.

—Buenas noches —dijo Arturo.

—«Diga, Watson —susurré en la oscuridad—, ¿estaría asustado de dormir en la misma habitación que un lunático, un hombre con reblandecimiento cerebral, un idiota cuya mente ha perdido su filo?».

—¿Holmes dice eso?

—Sí. En *El valle del terror*.

—Tu cerebro está bien, Sherlock, sólo tenés que dormir un poco.

Pero yo sabía que no era cierto.

Violeta ya estaba en la sala cuando entré. Creo que los dos percibimos en el mismo momento lo incómodo de la situación. Cuando éramos varios, la sensación de enemistad se diluía, pero ahora era imposible no pensar que estábamos en guerra. Esa tarde uno de los dos saldría triunfante y el otro querría morir. Por suerte, ella sacó el tema.

—Mirá, Sherlock —dijo dejando su libro en la mesa—. Yo creo que vas a ganar vos. Al fin y al cabo, todos dicen que sos un genio. Pero no me importa. O sí —se corrigió—, me importa, pero está bien. Eso quiero decirte: que está bien.

Me gustó que lo dijera.

—Yo pienso que vas a ganar vos —contesté—. Y sí, está bien. Que sea como sea.

Me dio la mano. Fue raro, como si estuviéramos cerrando un trato que no tenía conciencia de haber hecho.

Poco después pasamos al estudio. Corelli estaba peor que nunca, en una suerte de histérica excitación que lo hacía correr de un lado al otro del lugar disponiendo todo para empezar y soltando chistes cada vez más tontos. Habían planificado que la competencia final sería rápida, una suerte de *ping-pong* de preguntas a ritmo frenético. Empezó dirigiéndose a Violeta.

—La araña *Latrodectus mactans* recibe un nombre popular muy conocido. ¿Cuál es y a qué se debe?

—Viuda negra. La llaman así porque generalmente se come al macho después del apareamiento.

—¡Exacto!

A mí:

—En *Estudio en escarlata* aparece, en la escena del crimen, una palabra escrita con sangre en la pared. ¿Cuál es esa palabra y qué significa?

—Rache. Significa «castigo» en alemán.

—¡Exacto!

A ella:

—¿Qué son los pedipalpos?

—Son los dos apéndices sensoriales que tienen las arañas en el cefalotórax.

—¡Exacto!

A mí:

—Tras la fama obtenida con Sherlock Holmes, a Arthur Conan Doyle le pidieron que investigara un caso real: el de un hombre que había sido acusado injustamente de una serie de crímenes. ¿Cómo se llamaba ese hombre?

—George Edalji.

—¡Exacto!

A ella:

—Hay una araña domiciliaria peligrosa a la que se llama vulgarmente «araña de los cuadros» o «araña de los rincones» porque se refugia en lugares oscuros. ¿Cuál es su nombre científico?

Hubo un silencio. Violeta parecía dudar y, por un segundo, pensé que había ganado yo. Mi corazón empezaba a agitarse cuando ella se recuperó.

—*Loxosceles laeta*.

—¡Exacto!

A mí:

—Sherlock Holmes dice en una oportunidad que hay una persona cuyos poderes de observación son mejores que los suyos. ¿Quién es?

—Su hermano Mycroft.

—¡Exacto!

A ella:

—¿Cómo se llama el proceso por el cual las arañas se desprendan periódicamente de su esqueleto externo?

—Muda o ecdisis.

—¡Exacto!

A mí:

—Watson aparece mencionado como el doctor John H. Watson. ¿Cuál es ese segundo nombre que empieza con hache?

Me quedé callado. El abismo se estaba abriendo. ¿Cómo no sabía yo algo tan tonto como el segundo nombre de Watson? Vagamente me sonó Henry. ¿O Henry era su padre? El tiempo pasaba. El abismo me estaba tragando.

—Henry.

Silencio. Yo caía al abismo. No había de dónde agarrarse. Corelli cerró un instante los ojos, como si sufriera, y después dijo muy lentamente:

—Lo siento, Francisco, el nombre es Hamish.

En los minutos siguientes fui vagamente consciente de que todos los compañeros de Violeta gritaban, se le echaban encima y después la paseaban en andas. Había llegado al fondo del abismo. La hache de Watson, ¿cómo no iba a saber eso? Mi madre surgió de la nada, me apretó el brazo y dijo que todo estaba bien, aunque en su cara todo estaba mal. Una pregunta tan idiota. Una hache. Mis compañeros aseguraron que lo importante era haber llegado ahí. Una hache. ¿Hamish? Mi madre dijo que agarrara mis cosas, que nos íbamos. Nunca había oído lo de Hamish. Watson me palmeó la espalda. Salimos a la calle. Estaba oscuro. Hamish, Hamish, Hamish. ¿Cómo no lo supe?

Se me cruzó una cita por la cabeza: «Es realmente gracioso verlo jugar una mano sin cartas. Creo que nadie lo haría mejor, pero resulta al mismo tiempo bastante patético. Mister Holmes, no tiene usted en la mano ni un solo triunfo». Se lo dice el barón Bruner a Sherlock en *El cliente ilustre*.

La detención de Armando Rosales tuvo lugar un jueves. Yo estaba terminando un informe para el colegio en el momento en que mamá, que miraba las noticias en la televisión, me gritó desde la sala.

—Vení, Fran, esto te va a interesar.

Cuando me acerqué unas letras tamaño catástrofe lo anunciaban en la pantalla: «Detuvieron al asesino de la moto». Dos policías estaban haciendo entrar a un hombre en un patrullero, pero no pude ver su cara porque tenía la cabeza tapada. Era alto y llevaba las manos esposadas en la espalda.

No lo habían atrapado como resultado de una cuidadosa investigación, sino de pura casualidad. Rosales había ido a una ferretería en busca de una serie de materiales para confeccionar una estantería y se había metido en una violenta y absurda discusión con el dueño del local, a propósito del tono usado por el hombre al responderle sobre la forma de los tornillos. En un momento, un movimiento de su brazo hizo que su impermeable se entreabriera y dejó al descubierto la parte superior de sus pantalones, donde un empleado alcanzó a ver un arma. Sigiloso, se escabulló hacia el fondo del local y llamó a la policía. Cuando salió a la calle a esperarlos, descubrió otra cosa que le pareció sumamente reveladora: la moto del cliente irascible.

Rosales intentó resistir la detención, pero tres policías lo inmovilizaron en el suelo. El arma era, como cabía esperar, una pistola Bersa calibre .380.

En los días siguientes, los diarios aportaron todo tipo de detalles. Rosales tenía cuarenta y tres años y había estado al menos dos veces internado en instituciones psiquiátricas. Los médicos que lo habían atendido hablaban de episodios de violencia y delirios paranoicos, en los que se imaginaba perseguido por el gobierno, la policía, sus vecinos, el FBI o una secta que se proponía dominar el mundo. Mientras vivió, su madre se había ocupado de controlar que siguiera su tratamiento, pero desde su fallecimiento Rosales estaba solo y al parecer había abandonado la medicación.

Alquilaba un pequeño departamento del barrio de Belgrano. Cuando fueron a realizar el allanamiento, los policías se encontraron con un oficial de justicia que en ese momento se disponía a ejecutar una orden de desalojo: Rosales llevaba ocho meses sin pagar el alquiler. Casi desde la muerte de su madre. El lugar estaba asquerosamente sucio y lleno de recortes periodísticos. Algunos, pegados en las paredes, se referían a asesinatos y otros hechos de violencia. También había fotos de mujeres llamativas arrancadas de revistas y una tabla con horarios del ferrocarril.

Las pericias realizadas sobre el arma que llevaba con él mostraron que era la misma usada para disparar contra la confitería, pero no en los asesinatos. Sin

embargo, se especuló con que el hombre tenía una segunda pistola, ya que había podido echar mano a las posesiones de un tío anciano que había sido coleccionista. Según una empleada de ese tío, que ahora estaba internado en un geriátrico, alguien había vaciado la vitrina donde guardaba las armas. Pero en el allanamiento esa segunda pistola no apareció.

La declaración de Rosales fue contradictoria y confusa, aunque al parecer llegó a reconocer al menos uno de los hechos. El defensor oficial que le adjudicaron anunció que pediría que lo declararan inimputable, ya que evidentemente el hombre no podía distinguir entre el bien y el mal.

Cinco días después de la detención se hizo una rueda de reconocimiento con los dos muchachos que se lo habían cruzado en la estación de tren. Uno dudó, pero el segundo lo identificó claramente. Eso pareció una prueba definitiva.

La calma volvió poco a poco a Belgrano. Ya habían pasado quince días desde el asesinato de Lucía Bernárdez sin ningún otro incidente violento. Para todo el mundo parecía claro que el asesino de la moto estaba tras las rejas.

Para mí, en cambio, las cosas estaban cada vez más oscuras. Yo dudaba de todo lo que se decía. Pero también dudaba de mi propia capacidad de análisis.

Una de las consecuencias de mi derrota en el concurso fue la fuerte sensación de que mi inteligencia había declinado de forma irreparable. Sé que poca gente estaría de acuerdo con esta evaluación. Sin ir más lejos, si alguien consultara a mis compañeros de entonces, ellos dirían que en realidad yo resulté triunfador.

Es que después de aquella gran final hubo una serie de inesperados sucesos con derivaciones aún más inesperadas. Lo primero fue una carta escrita por un profesor universitario, estudioso de la obra de Conan Doyle, y publicada en un diario muy serio. Allí sostenía que en el programa nunca se debió formular la pregunta que había provocado mi derrota, porque en realidad no se sabe con precisión cuál era el nombre en el que pensaba el autor cuando escribió la hache de John H. Watson. Si uno repasa todos los libros protagonizados por Sherlock Holmes, decía el experto, verá que en ninguno aparece ese segundo nombre. Han sido los «círculos holmesianos» británicos, minuciosos analistas de la obra, los que, a través de una serie de conjeturas que sería tedioso reproducir, llegaron a la conclusión de que ese nombre podía ser Hamish. Algunas enciclopedias recogieron esa idea, por lo cual es posible encontrar biografías de Watson donde aparece como John Hamish. Pero siendo ésa una especulación —seguía la carta— nadie podría asegurar que en realidad Conan Doyle no pensaba en «Henry». O sea, mi respuesta.

La contundencia de la carta les permitió a las autoridades de mi escuela y a mi madre quejarse ante el canal por la arbitrariedad de la decisión que me había eliminado. También fue usada por programas de la competencia para hacer comentarios maliciosos sobre los productores de Exacto. Como si no tuvieran suficiente con eso, surgió un segundo debate, esta vez alimentado por educadores y psicólogos que criticaban que se empujara a niños aún en la escuela primaria a un concurso que los sometía a brutales niveles de estrés y de enfrentamiento. Viendo que su posición hacía agua por todos lados, la gerencia del canal tomó el asunto en sus manos y emitió, en un mismo día, dos anuncios: que el concurso volvía a ser para estudiantes de secundaria y que, visto el cuestionamiento realizado a la pregunta sobre Watson, compensarían a mi curso con un viaje a Bariloche para todos.

Al día siguiente, mis compañeros me llevaron en andas por la escuela, una situación francamente incómoda. Pero para mí nada había cambiado. Me explico: ahora sabía que la pregunta era tramposa y que no debieron eliminarme. Pero el punto no era ése. El punto era que yo no lo había pensado. ¿Cómo puede ser que una persona que dedica hora tras hora y día tras día a leer las historias de Holmes para captar todos los detalles no se pregunte nunca a qué nombre responde esa letra? Viéndolo retrospectivamente, me parecía que esa enigmática hache reiterada de un libro a otro pedía a gritos una pregunta, como si estuviera emitiendo destellos luminosos. Haberla ignorado sólo podía hablar de un cerebro lento, dormido, carente

de reflejos. Es algo que nunca le hubiese sucedido al propio Sherlock Holmes.

Esa idea me llevó a otra, muy anterior: la sensación de que siempre fui sobrevalorado. Quizás el diamante del que les hablaron a mis padres ha ido perdiendo su brillo. O quizás siempre fue un diamante falso.

Lo que descubrí con dolor en los dos años que siguieron es que no hay manera de estar a la altura de las expectativas que tienen los demás si creen que uno es un genio. Pasados los primeros meses, en que las relaciones con mis compañeros aún estaban teñidas por la alegría que les había dado al conseguir el viaje, las cosas volvieron a la normalidad. La mayor parte del tiempo parecían rehuirme. Supongo que yo debía ser en parte culpable de esto, pero nunca entendí bien qué era lo que hacía para producir ese efecto. Tenía la impresión de que ellos sólo se me acercaban cuando necesitaban la respuesta a alguna duda. Si no podía dársela, creían que era por alguna cuestión personal con ellos. Y luego estaban sus miradas cuando yo me equivocaba en algo, cualquier cosa. Iban del estupor al placer. Había uno en particular, Edgardo Quinteros. Creo que él quería demostrar a toda costa que yo era un fiasco. Una vez, durante un recreo, contó un enigma lógico bastante rebuscado. Yo no di con la respuesta.

—¡Vamos! —se rió—. ¿Qué le pasó a nuestro genio?

—Dejalo en paz —dijo Watson.

—¿Cómo? ¿El genio necesita de su secretario para protegerlo?

No sé bien por qué esa frase me irritó de manera extraordinaria.

—¿Por qué no te vas a la mierda? —le dije.

A nuestro alrededor se hizo un extraño silencio. Era la primera vez que yo decía una cosa así. Siempre me vanaglorié de mi capacidad para argumentar fríamente en una discusión y anticipar las posiciones de los otros. Jamás exponía mis debilidades con una reacción intempestiva. Pero también estaba perdiendo eso.

Con los profesores la situación no era muy distinta. Si yo hacía una pregunta muy específica sobre alguna cuestión a la que acababan de referirse, solían reaccionar a la defensiva, como si los estuviera cuestionando. En una oportunidad me saqué un cinco en una prueba de Física. Era algo que nunca antes había sucedido. Cuando me la devolvió, claramente incómoda, la profesora me ofreció la posibilidad de discutir más tarde los puntos en los que me había equivocado. Watson recibió en silencio su propia prueba. Se había sacado un siete.

—Se equivocó al corregir —sostuvo—. Seguro.

Mi madre fue previsible.

—¿Qué es lo que buscás? —dijo al ver la calificación—. ¿Parecer una persona mediocre?

En esa época decidí que quería dejar de ser yo. Durante varios días me planteé este problema de la forma más clara y racional posible: ¿cómo podía borrar mi pasado? ¿Qué habría hecho Holmes si no hubiese querido parecer Holmes? Esa respuesta era fácil: él se habría disfrazado. Era capaz de transformarse en un mendigo o una anciana en un instante y nadie podía reconocerlo.

Por supuesto, yo no iba a disfrazarme. Pero con el correr de los días llegué a la conclusión de que había otras formas de no ser reconocido. Para empezar, tenía que cambiar de colegio, tenía que introducirme en un medio donde fuera uno más, igual que los otros. Diluir mi personalidad. Estábamos al final de segundo año y pensé que podía empezar el siguiente ciclo lectivo en otro lado.

Tras una breve investigación, localicé un colegio no muy lejos de casa que parecía bastante bueno. Incluso mejor que el anterior. Convencer a mis padres no fue difícil: les dije que allí ofrecían una especialización científica para los últimos cursos y que me presentaría mayores desafíos que la institución en la que estaba. Aceptaron. Había, sin embargo, algo que me detenía: Watson. Dejar a mi único amigo me parecía un precio demasiado alto.

Durante dos días di vueltas en torno a mi futura escuela buscando información. Luego le propuse la idea: cambiarnos juntos. Le di dos argumentos de peso para convencerlo: que la nueva tenía un campo de deportes muy superior (ha sido siempre un fanático del fútbol) y que las chicas eran más lindas (había notado que este asunto le estaba interesando mucho). Eran buenos argumentos, pero igual noté que dudaba. Insistí, casi rogué.

—No me vaya a fallar, Watson —dije poniendo una mano en su brazo—. Usted nunca me ha fallado.

—¿Eso es una cita?

—Sí, lo dice en *La aventura del detective agonizante*. Pero en este caso es cierto.

Creo que se conmovió. Era probablemente la primera vez que yo le expresaba afecto de manera explícita. Terminó aceptando.

Ahora que han pasado dos años pienso que en líneas generales fue una buena decisión. En mi nueva escuela no tuve mayores problemas para pasar inadvertido. A los cambios naturales que se habían producido en mi cuerpo desde el concurso sumé unos anteojos que acababan de recetarme por una leve miopía y un nuevo corte de pelo.

Hubo algunos que me preguntaron sobre mi corta edad. Les expliqué que estaba adelantado porque había viajado mucho con mi padre, a quien su trabajo llevaba de un lado a otro, y por eso había dado varios cursos libres. Era una explicación confusa y vagamente incoherente que sin embargo pareció resultar satisfactoria. Pero un día noté que uno de mis flamantes compañeros me observaba largamente antes de acercarse.

—¿Vos no estuviste en la televisión? —me preguntó.

—¿Yo? —sonreí aunque estaba aterrado—. No, ya me lo dijeron otras veces: creo que me parezco mucho a alguien conocido. Pero no.

Eso pareció zanjar el asunto. Desde ese momento he sido un alumno bueno, uno de los seis o siete mejores del curso, pero procuré no destacar demasiado nunca. No intento lucirme con los trabajos y en las pruebas evito siempre entregar primero. Creo que las cosas me van mejor desde que parezco uno más. No es que me haya integrado completamente al resto de la clase, pero al menos tengo una relación bastante normal con mis compañeros e incluso participé en algunas salidas grupales que no estuvieron nada mal. Me propuse no hacer nada que me diferenciase de los demás. Por supuesto, sé que mi comportamiento es una nueva desilusión para mi madre. Hace poco me sugirió que me anotase en las Olimpiadas de Matemáticas. Yo estaba mirando televisión y me limité a negar con la cabeza.

—¿Por qué no?

—Porque no me interesa. Y porque no soy tan bueno en Matemáticas.

Resopló como si hubiese dicho una estupidez.

—¡Por favor!

Sé que ella todavía espera. Piensa que es posible que un día exhiba al mundo la genialidad que estoy ocultando. Pero yo no creo que aún tenga eso tan especial. Si es que algún día lo tuve.

Hace poco, leyendo un libro de biografías de grandes hombres (que, por supuesto, compró mamá) encontré una mención al pasar a alguien que nunca había oído nombrar: William Sidis. La curiosidad me llevó a rastrearlo a través de Internet hasta que di con su historia. Me resultó aterradora.

Sidis fue una de las personas más inteligentes del mundo. Tenía supuestamente un cociente de entre 250 y 300. Antes de los cuatro años había aprendido latín y griego. A los ocho terminó la secundaria, pero recién a los once logró que aceptaran su ingreso en la Universidad de Harvard. Ese mismo año dio una conferencia sobre la cuarta dimensión frente a numerosos matemáticos. Ya entonces era una celebridad. Se graduó con honores a los dieciséis y obtuvo un cargo de profesor. Se esperaba que fuera uno de los más grandes matemáticos del siglo, un hombre que expandiera los límites del conocimiento. La prensa lo acosó incansablemente en busca de entrevistas: querían saber qué pensaba, cómo vivía. No lo soportó. Tras dejar su cargo, desapareció. Poco después se supo que trabajaba como oficinista. Huyó varias veces, pero los periodistas lo encontraban siempre. A uno de ellos llegó a decirle que la mera visión de una fórmula matemática lo enfermaba. Se dedicó a coleccionar pasajes de tranvía y escribió un aburridísimo libro sobre ese tema.

Pasajes de tranvía: parece difícil de creer. Pero dicen que juntó más de dos mil. Lo estuve pensando. Quizás el tipo perdió lo que tenía: sencillamente, se le agotó.

Estaba leyendo las últimas novedades sobre Armando Rosales en la tarde del sábado cuando mamá me dijo que Arturo acababa de tocar el timbre y subía. Me alegró oírlo.

—Qué suerte que viniste, Watson —dije cuando abrí la puerta—. Necesito que hagas de Watson.

Me miró sin entender.

—¿O sea?

—Que discutamos algunas ideas que tengo sobre la serie de muertes de Belgrano. Como hacen Holmes y Watson.

Frunció el entrecejo.

—¿No hace de tonto Watson en esos casos?

—¿Tonto? No me parece. «Cabe que usted mismo no sea luminoso, Watson, pero sin duda es un buen conductor de luz —cité—. Hay personas que sin ser genios poseen un notable poder de estímulo». *El sabueso de los Baskerville*.

—No sé si eso me sonó muy bien. No importa. ¿Cuáles son tus ideas?

Nos habíamos sentado en mi habitación frente a la mesa cubierta por los artículos que venía recortando.

—Todo esto no cierra. No es posible que Rosales sea el culpable de todos los casos. Mi idea es que no hay un criminal sino dos y el que atraparon es el más inofensivo. El peligroso es el que aún está libre.

—Pero si todo concuerda. Es evidente que es él.

—«No hay nada tan engañoso como un hecho evidente». *Un caso de identidad*.

—¿Tu argumento es una cita?

—No. Escuchá, Watson. Tenemos cinco casos: el de la estación de tren, el de la confitería y las tres muertes, Huang Mei, María Luisa Reyes y Lucía Bernárdez. El comportamiento del asesino manifiesta dos patrones completamente diferentes. No coincide.

—¿Por qué?

—En los dos primeros casos parece completamente descuidado. Se deja ver la cara por varios testigos, se expone a que lo detengan. En la estación dispara contra un vagón de tren vacío: no hay un blanco. En la confitería abre fuego contra una ventana, con el alto riesgo de que las balas no lleguen a darle a nadie. No parece actuar según un plan coherente. En los tres asesinatos, en cambio, elige lugares y horarios en que corre pocos riesgos. Quienes llegan a cruzárselo no pueden describirlo porque lleva casco. Sus disparos son certeros. Es mucho más cauto y astuto.

—Pero hay varios elementos que unen los casos: la moto, el impermeable, el tipo de arma, las bolsas del supermercado...

—Justamente. Demasiados elementos. ¿Qué asesino se olvida un guante en la

escena de un crimen, deja huellas de la moto en otro y se hace notar por el ruido? Creo que lo que en realidad hizo fue plantar pistas a propósito. En el caso de Reyes, no había motivo alguno para que entrara con la moto en el pasaje. Sólo se explica si quería asegurarse de que alguien lo oyera. Lo de la bolsa del supermercado es evidente: ¿por qué iba a ir Lucía Bernárdez hasta El Amanecer a comprar un paquete de arroz si tiene varios negocios a la vuelta de su casa? Es obvio que el asesino lo colocó ahí para estar seguro de que nadie dejaría de relacionar los crímenes.

—¿Te parece?

Watson no se veía nada convencido. Pensé que no estaba reaccionando como el Watson literario. Yo tenía que exponer mejor mis argumentos.

—Ésta es mi idea. El tipo se entera de los dos primeros casos: hay un loco que disparó sin ningún objetivo en la estación de tren y en el bar. Sabe que anda en moto, que lleva un impermeable oscuro, que usa una pistola .380. Decide cometer una serie de asesinatos respetando esas características. Piensa que en algún momento el loco va a caer y se los van a adjudicar todos. El loco es Rosales. Cuando cae, vuelve a mostrarse tan descuidado como en los primeros casos: lleva su moto a la ferretería, va armado, se involucra innecesariamente en una pelea... Ése no puede ser el hombre que planeó con cuidado los tres crímenes. La policía, sin embargo, está muy contenta por la detención. Tienen un culpable. La gente se tranquilizó y nadie quiere seguir haciendo preguntas. No lo van a buscar más.

—Es una teoría interesante —dijo Watson—. Pero tengo una objeción.

—¿Cuál?

—Tu asesino es un ser astuto y racional. ¿Por qué mataría a tres mujeres que no tienen ninguna relación entre sí?

Suspiré.

—Sí, ése es el problema. Todavía no encontré el motivo. Quizás es cierto que todas sabían algo. Quizás fueron testigos de un hecho que lo involucra. Pero no lo sé. Y no sabiendo eso, nadie lo va a atrapar. A menos que siga matando, lo cual es improbable, ya que ahora que Rosales está preso no tiene cobertura. Pero estoy seguro de que hay otro.

—La idea no está mal, Sherlock, pero te falta mucho para poder decir «Elemental».

Odio cuando Watson tiene tanta razón.

Desde chico, varias veces escuché a mi madre expresar una idea que no sé de dónde sacó. Puede formularla de distintas maneras, pero el concepto básico es el mismo: que hay una gran discrepancia entre mi desarrollo intelectual y mi desarrollo emocional. Creo que en mi primera infancia ella pretendía explicar de ese modo por qué en ciertos momentos yo me mostraba como un chico brillante e inusualmente maduro y en otros armaba unos berrinches espantosos, como si fuera un bebé.

Una vez que crecí siguió diciendo esa frase, pero ahora tiene otro objetivo: justificar que mi vida social es casi inexistente. Ella cree que no tengo más amigos porque mis compañeros de colegio no están a mi altura intelectual y mi supuesta inmadurez emocional me impide buscar otro tipo de relaciones.

Yo no estoy de acuerdo. Creo que sencillamente no soy una persona muy sociable. Lo tengo a Watson y hay un par de compañeros que me caen bien. No necesito más. No soy, por cierto, el tipo de persona que se divierte mucho en fiestas o parques de diversiones. Creo que no sé cómo comportarme en esos momentos. Prefiero quedarme en casa con un buen libro o frente a la computadora.

Está además el tema de las chicas. A mí por ahora no me interesan. Para ser honesto, debería decir que yo tampoco les intereso a ellas en lo más mínimo. Es normal. Aunque crecí bastante en el último tiempo, a mis catorce años sigo teniendo aspecto un poco infantil. En cambio mis compañeras, que tienen dieciséis, ya parecen mujeres y, debería decir, unas mujeres bastante impresionantes. Nadie podría esperar que se fijen en mí.

Pero no me importa, realmente. No me siento en absoluto inclinado hacia el romanticismo. En ese aspecto me identifico con Sherlock Holmes. «El amor es un estado emotivo, y todo lo emocional resulta opuesto al razonar frío y sereno, que yo coloco por encima de todas las cosas» (*Estudio en escarlata*). Eso, por supuesto, no me impide admirar a las mujeres en un plano, digamos, estético. El propio Holmes sostenía que Irene Adler era «la cosa más bonita que se ha visto bajo un sombrero en este planeta» (*Escándalo en Bohemia*). Yo podría decir lo mismo de Violeta, obviando por supuesto la parte del sombrero.

Y si vengo recordando a Violeta es por la noticia del diario, que me hizo volver al pasado, más específicamente al momento en que me porté tan mal con Ignacio y ella me miró de esa manera que nunca pude olvidar. Es una espina que tengo clavada desde entonces. Por eso, cuando vi en el artículo que ella iba a estar en la exhibición de proyectos premiados, pensé que podría darme una vuelta por el lugar y explicarle que en aquella oportunidad no fue mi intención perjudicar al chico de los poemas homéricos. Y tal vez ella podría ayudarme a eliminar la culpa que me persigue desde ese día.

Con ese objetivo, el martes pasado salí de mi casa a las tres de la tarde. En el momento en que llegué al museo, sin embargo, me sentía tan agitado que estuve a punto de dar media vuelta y olvidarme del asunto. Durante cinco minutos debatí con las fuerzas en mi interior que me sugerían volver a casa lo antes posible. Al fin me obligué a entrar y encaré hacia el espacio que habían destinado a la muestra escolar. Se exhibían cinco o seis proyectos, pero no tuve problemas en identificar el suyo: un gigantesco hormiguero, confeccionado en acrílico transparente, que permitía ver el movimiento de las hormigas en su interior. Sin embargo, ella no estaba a la vista. Había otras dos chicas explicando los detalles a un grupo de personas que se habían detenido. Evidentemente eran sus compañeras. Pensé que habrían decidido turnarse y no era éste el horario de Violeta. A fin de cuentas, había venido para nada.

Enfilaba hacia la puerta, decidido a irme, cuando la vi. Salía del baño conversando con otra chica y durante unos segundos pude mirarla sin que lo advirtiera. Llevaba vaqueros, botas negras y un suéter rojo ceñido al cuerpo. La amiga debió contarle algo gracioso, porque soltó una carcajada cristalina mientras echaba la cabeza hacia atrás, haciendo revolotear sus rizos oscuros. Era la misma y a la vez era otra. Otra mucho mayor. Me impactó tanto su cambio que desvié la vista y seguí mi camino hacia la salida. Pero entonces ella me vio. Abrió los brazos y sonrió generosamente.

—¡No lo puedo creer! ¡Sherlock!

Me acerqué obligándome a sonreír.

—Hola, Violeta. Pensé que no estabas.

—¿Viniste a verme? Qué dulce. ¿Y cómo estás?

—Muy bien. ¿Y vos?

—Bien. ¿Y qué tal todo?

Pensé que podíamos seguir así eternamente y decidí ser directo.

—Quería hablarte de un asunto del pasado.

Levantó las cejas intrigada. Empecé a hacer un resumen lo más claro posible sobre el episodio de Ignacio, Ajax el Menor y la pregunta que lo descalificó, pero me interrumpió.

—No entiendo nada, Sherlock. ¿De qué hablás?

Volví a la anécdota, centrándome ahora en mi gesto equívoco hacia Ignacio y esa mirada que ella me había dirigido, clara muestra de que pensaba muy mal de mí. Me interrumpió otra vez, riéndose. No sé si quería ayudarme a olvidar o jamás le había dado importancia a ese asunto.

—No recuerdo nada de lo que contás y te aseguro que nunca pensé mal de vos —dijo—. Al contrario. Todo eso es historia antigua, hablemos de otra cosa. Justamente hace unos días me acordé de vos.

—¿De mí? ¿Por qué?

—Por ese asunto tan raro de los crímenes en Belgrano. Pensé: seguramente Sherlock, que es un genio, tiene una idea sobre estas muertes. Y justo entonces

detuvieron al asesino.

—Yo tengo mis dudas.

Pareció muy interesada.

—¿Qué, no es el asesino?

—Puede que sea el responsable de alguno de los episodios, pero estoy convencido de que el verdadero asesino es otro.

—¿De verdad? —sonrió, abriendo grandes los ojos—. ¿Quién?

—Todavía no sé. Pero no te olvides: hay otro asesino y tarde o temprano va a caer.

Hablamos un poco más de nuestros conocidos en común, a quienes no habíamos vuelto a ver, y de otros temas intrascendentes. Después le dije que tenía que irme. Violeta me invitó a quedarme otro rato y conocer a sus amigas, pero pretexté un compromiso urgente. No aguantaba más las náuseas. Cuando salí, me apoyé en un muro de la calle y tomé aire lentamente. «No te olvides: hay otro asesino y tarde o temprano va a caer». Lo había dicho yo. Dios, qué estúpido. Qué increíblemente estúpido.

Y entonces sucedió algo. Fue como si cien kilos de plomo cayeran sobre mi orgullo: apareció el arma. Estaba ojeando el diario rápidamente antes de ir al colegio cuando vi el titular: «Encontraron la pistola asesina». Corté el artículo sin oír las protestas de mi padre, que aún no lo había tocado, y salí. A medida que iba leyendo, mis pasos se hicieron más y más lentos. Estaba todo ahí, hasta el último detalle. Me senté en un parque, cerré los ojos un momento y pensé que hubiera sido bueno pasar la noticia por alto esa mañana, tener al menos un día más sin enfrentarme a mi estupidez.

El arma había aparecido entre los objetos personales de Rosales. Fue Emilio Serrano, el dueño del departamento en el que vivía, quien dio la alerta. Según le explicó a la policía, apenas tomó posesión de la propiedad se dispuso a ponerla en condiciones para alquilarla otra vez. Un familiar lejano de Rosales se presentó a retirar la ropa y los muebles que habían quedado. Poca cosa y en mal estado. Cuando el hombre estaba por irse, Serrano recordó la existencia de la baulera y lo invitó a bajar, para ver si había quedado algo allí que mereciese ser retirado.

Las bauleras de ese edificio están ubicadas en el subsuelo, junto a las cocheras. Ahí cada unidad tiene asignado un cubículo enrejado, donde se guardan muebles en desuso y otros objetos. Las puertas están aseguradas con candados. Dice Serrano que probó todas las llaves que encontró, pero ninguna funcionaba: Rosales debió llevársela con él. Entonces decidió romper el candado con una sierra. Adentro sólo había una silla rota, dos valijas polvorientas y algunas cajas con cosas de escaso valor: vajilla descascarada, viejos discos, adornos pasados de moda. El familiar de Rosales le dijo que tirara todo y eso se disponía a hacer cuando levantó una caja de zapatos y el peso llamó su atención. Adentro estaba el arma.

Todo eso había sucedido tres días atrás, pero la policía había mantenido el asunto en silencio mientras se hacían las pericias. Ya se conocían los resultados y no había dudas: era la pistola usada para matar a María Luisa Reyes y a Lucía Bernárdez.

Rosales era el único culpable. Mi teoría se caía a pedazos y mi ánimo también.

Cuando se lo conté, Watson me miró con compasión.

—Cualquiera puede equivocarse —dijo.

—No lo puedo creer. Nada de esto tiene sentido. ¿Cómo pude sacar conclusiones tan erradas?

—No te lo tomes así —insistió—. Es sólo un error.

Pero no había nada que ese día pudiera consolarme.

—Supongo que me creí mucho más Holmes de lo que soy en realidad —le dije—. Soy un fiasco, Watson, un fiasco.

Durante días, me torturó el recuerdo de mi estúpida frase: «No te olvides: hay

otro asesino y tarde o temprano va a caer».

Una vez le oí decir a mi madre que se arrepentía de haberme impulsado a participar en el concurso televisivo. Estaba en la sala con una amiga y no sabía que yo escuchaba desde la cocina, de lo contrario supongo que no lo hubiera dicho. Le explicó que esa experiencia había hecho que yo ocultara mis talentos y me recluyera en un excesivo interés por cuestiones un tanto macabras. O sea, las historias de crímenes. Dijo también que todavía tenía que recuperar mi camino. Y que cuando lo hiciera iba a ser «alguien». Porque yo estaba destinado a ser «alguien».

Creo que no estoy de acuerdo. En realidad, yo todavía no sé exactamente cuál es mi camino, si es que existe uno.

Volví a leer sobre ese hombre, William Sidis. Contra lo que había pensado, al parecer los últimos años de su corta vida (murió a los cuarenta y seis, por una hemorragia cerebral) fueron bastante activos. No en la línea que se esperaba, claro. Escribió varios libros y artículos, en su mayoría con seudónimo. En uno de ellos, sobre la evolución del cosmos, anticipó conceptos como la idea de los agujeros negros, que no iban a oírse hasta mucho después. En otros habló sobre el continente perdido Atlantis, los orígenes de Norteamérica, la historia de la ciudad de Boston y por supuesto su gran hobby, los boletos de tranvía.

Al principio ese asunto de los boletos me dio un poco de tristeza: me imaginaba a este Sidis, uno de los hombres más inteligentes del mundo, recorriendo las calles de la ciudad con la mirada en el suelo. De pronto vería un boleto entre la basura, o junto a las hojas caídas de un árbol, y lo levantaría para guardarlo con delicadeza en una bolsa, cuidando que no se arrugara mucho. En su casa seguramente los clasificaría: grandes pilas separadas por año, por serie, por color. Todo bastante patético. «Aún no se ha explotado este tipo de colección, pero no hay ninguna razón por la que no pueda ser tan interesante como otros hobbies, tal como coleccionar estampillas, monedas, medallas, billetes y otros objetos —escribió en su libro—. Alguna gente se ha mostrado interesada incluso en coleccionar cajas de fósforos, ¿por qué no boletos?».

Después lo pensé y me dije: a fin de cuentas ¿por qué no boletos? Quizás no fue tan mala su vida, recorriendo las calles por las mañanas y mirando el cielo por las noches, pensando a ratos en los boletos, a ratos en el futuro del cosmos, en esa inmensidad frente a la cual ningún hombre es «alguien», porque la humanidad entera es tan pequeña, tan insignificante, que casi es nada.

Quizás el tipo nunca perdió el brillo de su mente. Quizás sólo eligió escaparse de lo que los demás esperaban de él.

Cuando necesita relajarse en medio de un problema, Sherlock Holmes toca su violín Stradivarius o fuma una pipa. Yo no hago ninguna de las dos cosas. A veces miro la foto de V838 Monocerotis. Y también descubrí que una ducha con agua bien caliente me despeja el cerebro.

Llevaba veinticinco minutos bajo el chorro hirviendo (y mi madre ya había golpeado dos veces para preguntar si me sentía bien) cuando se disipó la niebla que venía oscureciendo mis ideas. Me di cuenta de que hasta ese momento mi pensamiento había tomado un camino equivocado: un camino pensado por otro para hacerme tropezar. Pero ahora, en medio del vapor de la ducha, veía todo perfectamente claro.

Cerré las canillas, me sequé y vestí a toda velocidad y salí de casa. Veinte minutos más tarde estaba frente al edificio donde había vivido Rosales. Esperé pacientemente hasta que salió una persona sin fijarse si la puerta cerraba y entré. No me costó mucho encontrar la escalera que bajaba al subsuelo. A un lado estaban las cocheras y al otro había una puerta. La abrí, confieso, un poco asustado: temía encontrarme a alguien. Pero no había nadie. Al fondo de un pasillo vi las bauleras.

Era una serie de cubículos enrejados de distinto tamaño. Cada uno llevaba un pequeño cartel que indicaba a qué departamento pertenecía. Caminé hasta llegar al que decía «1B». Tenía un candado reluciente, el que el señor Serrano había colocado tras romper el viejo. Adentro de la baulera, por supuesto, no había nada. Pero no era el contenido lo que importaba.

Lo verdaderamente importante era que yo estaba ahí. Y eso resolvía todo.

No me pareció que las diez de la mañana de un domingo fuese un horario inapropiado, pero el tono de voz de Watson al otro lado de la línea sugería lo contrario.

—¿Qué pasa?

Yo le había pedido a su madre que lo despertara porque se trataba de un asunto urgente.

—Necesito que vengas ahora a hacer de Watson. Lo tengo todo resuelto.

—Escuchame, Fran —empezó, lo cual fue una clara muestra de su fastidio, ya que sólo me llamaba por mi nombre en el colegio—, son sólo las diez. ¿Esto no puede esperar? Digamos, ¿a las tres de la tarde?

—Podemos negociar. Las doce.

—Las dos.

—La una. Y hay pizza.

—Está bien —se rindió—. A la una voy.

Cuando llegó yo terminaba de redactar algunas notas sobre el caso. Me miró con escepticismo.

—De modo que está... ¿resuelto?

Mientras lo decía levantó sólo una ceja, una gracia que había perfeccionado recientemente, sospecho que tras muchas horas de práctica frente al espejo.

—Bueno, casi resuelto.

Suspiró mientras se dejaba caer sobre mi cama.

—Escuchemos.

—Vamos a dejar por el momento el asunto del arma de lado: eso va a llegar después. Creo que todo este caso se trata, fundamentalmente, de un juego de apariencias. Ya vimos que Rosales no puede ser culpable de las tres muertes. Eso es lo que quiere el asesino que pensemos: que hay un loco que comete una serie de crímenes, que anda en moto, que lleva impermeable. Que no existe un motivo para esos asesinatos, o, si existe, es algo absurdo, conectado a la presencia de las mujeres en el supermercado El Amanecer.

—Sí, hasta ahí habíamos llegado. ¿Encontraste el motivo?

—No te apures. Lo que hizo el asesino fue ponernos un velo en los ojos, a través del cual no podíamos ver claramente. O mejor: lo veíamos sólo con su lógica. Lo que hay que hacer es quebrar esa lógica, observar el asunto desde otro punto de vista. ¿Oíste hablar del pensamiento lateral?

—Sherlock, tengo mucho sueño. ¿Podemos ceñirnos al caso?

—Bueno. Me propuse descartar todas sus premisas. Me dije lo siguiente: el criminal no es un loco. Las pistas que unen los casos no son ciertas. Y el motivo existe.

—¿Y cuál es? —preguntó Watson, creo que un poco exasperado.

—El problema era que no parecía posible encontrar un motivo para las tres muertes. Ése es el corazón del caso. Y la respuesta es que únicamente existe el motivo en una de ellas. Lo demás, mi querido Watson, forma parte del velo que tejió el asesino. Las otras dos muertes sólo fueron para disfrazar su objetivo.

Watson se incorporó en la cama.

—¿Sólo una? ¿Cuál?

—Aposté por la tercera y no me equivoqué. Me puse en el lugar del asesino. Pensé: quiero cometer un crimen, pero temo ser descubierto por mi relación con la víctima. Me entero de los dos incidentes de Rosales: la estación de tren y la confitería. Necesito que eso se convierta en una serie de ataques cometidos por un demente. Por eso, voy a dejar mi objetivo para el final, para cuando todos estén convencidos de que se trata de un loco y de que no hay un motivo racional. ¿Te acordás cómo llegó a unir la policía los dos primeros incidentes con las muertes?

—Por una llamada anónima.

—¿Y quién habrá hecho la llamada?

—¿El asesino?

—Exactamente. La policía estaba tardando en llegar a la conclusión que él quería y les dio una mano. También por eso fue haciendo las pistas cada vez más burdas. Fijate: en el caso de Huang Mei, nadie oyó ninguna moto. Quizás no la usó, o quizás pasó inadvertida. En el segundo caso quiso asegurarse: por si no lo oían, dejó el guante. Y en el tercero, huellas. Y la bolsa del supermercado. Ya se estaba poniendo un poco grotesco, a mi gusto, pero se ve que dudaba de la viveza de los investigadores.

—¿Y cómo es el asunto del motivo?

—A eso iba. El tercer caso, en medio de la histeria desatada por el supuesto demente, fue el menos investigado. Pero resulta que el motivo era bastante claro: dinero. Lucía Bernárdez había heredado muchísimo dinero de su padre. Su madre había fallecido cuando ella era chica y no tenía hermanos. Pero tenía un novio. Y si llegaba a casarse...

—Se convertía en su heredero.

—Así es —tomé un par de revistas que tenía sobre el escritorio—. Compré esta basura: te recomiendo que nunca leas este tipo de revistas, Watson, son malísimas. Bueno, aquí hicieron una nota con un par de amigas de la chica muerta, donde cuentan que, más allá del novio, ellas eran el verdadero respaldo en la vida de Lucía, porque a la pobre no le quedaba ningún familiar, excepto... un primo. Y en esta otra —pasé rápido las hojas de la segunda revista— hicieron la cobertura del entierro. Lamentablemente no los dejaron sacar fotos, pero aquí cuentan que uno de los que llevaron el féretro era su primo, el ex jugador de rugby Marcelo Leguizamón.

—Es decir, tu sospechoso.

—Exactamente.

—Entonces... —Watson levantó su ceja derecha—, tenemos un ex jugador de rugby, un tipo de clase media y seguramente una buena educación que... ¿de pronto mata no sólo a su prima sino a otras dos personas para heredar? ¿No es improbable?

—Puede ser, pero no es imposible. «Algunos árboles, Watson, crecen derechos hasta cierta altura y de pronto desarrollan cualquier extraña deformidad. Lo mismo sucede a menudo con las personas». *La aventura de la casa vacía*.

Watson resopló y puso los ojos en blanco. Me apuré a seguir.

—La verdad es que el tipo tenía buenos motivos. Estuve investigando. ¿Sabés que existe un sitio en Internet donde podés encargar un informe sobre la situación crediticia de cualquier persona? Alcanza con poner un número de tarjeta de crédito.

—¿Y vos tenés tarjeta de crédito?

—Usé la de mi mamá —bajé la voz—. Ella piensa que fue para comprar un libro. La cuestión es que este hombre tiene muchas deudas. Dejó de pagar un crédito, tuvo un par de juicios y lo declararon insolvente. Estaba desesperado por obtener dinero. Planeó matar a su prima, pero tenía miedo de que lo atraparan. Entonces oyó hablar de los dos primeros episodios y armó la historia.

—Todo muy bien, Sherlock, ¿y la pistola? —Watson sonrió irónico—. ¿Le pidió a Rosales que se la guardara?

—Llegamos al arma. Y aquí, querido Watson, nuevamente nuestras ideas habían tomado el camino equivocado: leímos que la pistola apareció entre los objetos personales de Rosales y dimos por sentado que fue él quien la puso ahí. Pero no. En realidad, es muy fácil meterse en la casa y llegar hasta el sector de las bauleras. Yo pude hacerlo.

—Pero estaba cerrado con llave.

—Con candado. Y el dueño del departamento pensó que Rosales se había llevado la llave porque ninguna coincidía. Lo que sucedió fue que el asesino leyó, igual que nosotros, la noticia de la detención de Rosales y el allanamiento en su casa. Fue al lugar y descubrió las bauleras. Simplemente rompió el candado, dejó la caja con el arma y puso uno nuevo.

Watson sonrió.

—Brillante, Sherlock. Creo que ahora sí podés decirlo.

—¿Qué?

—Ya sabés.

—Ah, sí. Elemental, mi querido Watson.

Más tarde, cuando ya habíamos dado cuenta de la pizza, yo repasaba mis notas y Watson parecía estar durmiendo la siesta en mi cama, abrió súbitamente los ojos y me miró.

—¿Y ahora?

—¿Ahora qué?

—¿Tenés pensado hacer algo con todo esto? Porque si fueras Holmes lo llamarías al inspector Lestrade o algún otro de Scotland Yard y lo citarías en tu oficina para resolverle el caso. Pero dudo mucho que la Policía Federal quiera venir a oírlo en tu dormitorio.

—No, no pensaba recurrir a la policía. Más bien a la prensa. «La prensa, Watson, es una institución valiosísima, si uno sabe cómo utilizarla». *La aventura de los seis napoleones*.

Me miró azorado.

—¿Vas a hablar con un periodista? ¿Vos?

—Ni muerto. Jamás se me ocurriría una cosa semejante. Voy a escribir una carta al correo de lectores de un diario. Va a ser lo suficientemente interesante como para asegurarme de que la publiquen.

Empecé a hacerlo en ese mismo momento. Primero expresé mi consternación ante el apresuramiento que parecían tener los investigadores por cerrar el caso adjudicando las muertes a Rosales con pruebas sumamente endebles. Luego argumenté que su perfil psicológico y los primeros incidentes no coincidían con la cuidadosa planificación de los tres asesinatos. Deslicé la posibilidad de que se hubieran plantado pistas falsas, sin entrar en muchos detalles. Y por último, señalé que en uno de los crímenes parecía haber un motivo bastante evidente que había sido poco investigado. Todo regado de jerga especializada y palabras técnicas. Cuando llegué al momento de la firma dudé bastante. Finalmente escribí «F. M. García. Especialista en Criminología» y se lo di a leer a Watson cuando despertó de su segunda siesta.

—¿Y esto? —preguntó al final levantando su ceja izquierda—. ¿F. M. García?

—Es una pequeña trampa —admití—. Federico Manuel García es un criminólogo muy conocido. Si piensan que es de él, hay más posibilidades de que la publiquen.

—¿Y después?

—Sólo queda esperar.

—¿Esperar qué?

—Que salga, que alguno de los investigadores la lea y que decida hacer algo.

—Eso es esperar mucho —dijo Watson y se dispuso a dormir su tercera siesta del día.

En realidad, tuve que esperar muy poco. La carta fue publicada por el diario sólo un día después, destacada con un recuadro que hacía imposible pasarla por alto. No habían tocado ni una coma. Lo que yo no había previsto era que bajo cada firma incluían la dirección de correo electrónico desde donde la carta había sido enviada. En mi caso, `sherlock@telnet.com`. Pensé que debí haberla mandado de otra casilla, pero ya era tarde para arrepentirme.

La sorpresa mayor vino horas después, cuando al revisar mi correo encontré dos respuestas. La primera no era muy interesante: una mujer me invitaba a participar de una iniciativa a favor de una justicia más ágil. Fue la segunda la que me aceleró el pulso. En el asunto decía «Sobre los crímenes de Belgrano» y la firma era, para mi sorpresa, «Miguel Ángel Flores, fiscal adjunto».

«Estimado doctor García —empezaba—. He leído con detenimiento su carta publicada en el diario *El Día*. Ante la preocupación que manifiesta, quisiera aclararle que el caso aún no está cerrado. Seguimos investigando en diversas líneas, entre ellas la que involucra ciertas motivaciones económicas, tal como usted sugiere. Sin embargo, nos resulta útil a nuestros propósitos que se crea que la pesquisa está cerrada, ya que nos da mayor libertad de acción. Por supuesto conozco sus antecedentes en la materia y por su carta pude observar que ha tomado un gran interés en el caso. También creí entender que tiene más ideas sobre estos crímenes que las expresadas. Es por eso que me tomo el atrevimiento de pedirle que comparemos nuestras impresiones, si es que está actualmente en la capital. Yo podría visitarlo en su despacho o, si prefiere, lo invito a acercarse a mi oficina. Para mí será un gran gusto conocerlo personalmente, ya que he leído sus dos libros y escuchado algunas de sus conferencias. A la espera de su respuesta, lo saludo con la mayor consideración».

La leí tantas veces que perdí la cuenta. Durante un buen rato estuve eufórico: uno de los fiscales a cargo del caso se había tomado muy en serio mis ideas. Claro que creía que yo era Federico Manuel García, lo cual complicaba las cosas. Empecé a pensar cómo salir de ese atolladero. Me moría por asistir a la cita y meter mi nariz en un caso verdadero, pero sabía que cuando el fiscal me viera se echaría todo a perder. Durante un buen rato pensé que no había solución posible. Pero al fin decidí contestarle: a fin de cuentas, no perdía nada.

«Estimado doctor Flores —decía el mensaje—: Le agradezco mucho la atención dedicada a mi carta. Si bien nada me gustaría más que discutir mis ideas del caso con usted, tengo la impresión de que me está confundiendo con otra persona. Mi nombre completo es Fernando Martín García y seguramente soy más joven de lo que imagina. Si aun así está interesado en realizar el encuentro, estoy a su entera disposición».

Revisé el correo unas doce veces durante el día hasta que, por la tarde, recibí la respuesta. «Estimado señor García: Tal como usted dice, lo confundí con otra

persona. De todas formas, sus ideas me parecieron muy interesantes y no creo que su juventud sea un problema para nuestro encuentro». Al final, me invitaba a visitarlo en su despacho de Tribunales en el horario que me viniera mejor. Todavía intercambiamos un par de mensajes más: yo propuse que fuera al día siguiente, a las dos, y él aceptó. Agregó el número de su móvil, para que lo ubicara al llegar en las oficinas de la fiscalía. Cuando finalmente la cita estuvo fijada salté de pura excitación. Lo cual es algo muy poco frecuente en mí.

Esa misma tarde se lo conté a Watson por teléfono. Escuchó en silencio mientras le explicaba todas las idas y venidas de mensajes.

—Nos encontramos mañana a las dos de la tarde. ¿Qué te parece?

Claramente le parecía mal. Se notaba en la total ausencia de comentarios.

—Yo diría... Norbury.

—¿Qué?

—Norbury: eso fue lo que una vez me pediste que te dijera si te notaba demasiado confiado en tus facultades. Esto no es para vos, Sherlock. Acordate de que por muy inteligente que seas, tenés catorce años. ¿No te das cuenta de que ese tipo no puede tomarte en serio?

—¿Cuál es el problema? Si no quiere hablar conmigo, me voy. Pero no puedo despreciar esta invitación, Watson. ¿Cuándo voy a tener otra oportunidad de discutir un caso de verdad con uno de sus investigadores? Es emocionante.

—Pensá en lo siguiente: ese fiscal espera una persona adulta, un probable especialista en Criminología, que se llama Fernando García y se va a encontrar con vos. Imaginate la cara que va a poner.

—Veremos. No pierdo nada con probar. ¿No será que estás celoso? Te juro que apenas vuelva te llamo y te cuento todo.

Mi aparente seguridad, sin embargo, empezó a derrumbarse no bien llegué a la sede de las fiscalías. Era un edificio antiguo, bastante decaído y lleno de gente. Frente a los ascensores se había formado una cola, ya que sólo funcionaba uno de los cuatro. Mientras me ponía al final, conté doce personas: ocho hombres, todos con traje y corbata, y cuatro mujeres. Ningún chico. Recordé entonces que Flores me había pedido que le avisara por teléfono que ya estaba allí, pero cuando saqué mi móvil para llamarlo la espina de la duda se me clavó en el estómago. Sentía que estaba a punto de protagonizar el papelón de mi vida. Lo mejor que podía hacer, me dije, era dar media vuelta y olvidarme del asunto. Salí otra vez a la calle. Estaba acalorado y ligeramente nauseoso. Me senté unos segundos en la escalinata y entonces me di cuenta de que ésa era la verdadera derrota: dejar que el miedo me paralizara. Volví a sacar el móvil y lo llamé.

—¿Doctor Flores? Soy Fernando García, ya estoy acá.

—Ah, muy bien —sonó algo desconcertado y supuse que había percibido la

juventud en mi voz—. Estoy en el quinto piso, al final del pasillo, a la izquierda. Pero... —pareció dudar y pensé que estaba por preguntarme la edad.

—¿Sí?

—Que esto hoy es un caos: los ascensores no funcionan y encima están arreglando un desperfecto eléctrico en mi oficina. Tal vez sea mejor que me espere abajo y tomemos un café en la esquina. ¿Le parece bien?

—Perfecto —dije, quizás con demasiado entusiasmo. Pensé que así me evitaba las miradas de los demás integrantes de la fiscalía.

—Entonces bajo enseguida. ¿Cómo lo reconozco?

—Tengo un libro en la mano —le dije—. *La nueva criminología*.

Supongo que lo había llevado para parecer un especialista. Ahora me hacía sentir un poco idiota.

Lo identifiqué inmediatamente. Tenía el aspecto que había imaginado para un fiscal, con un traje formal y documentos en mano. Era bastante joven y estaba en buena forma: aunque había bajado por la escalera, no se lo notaba agitado. Recorrí el hall con la mirada, buscando. Creo que en un primer momento ni siquiera me registró, pero luego su mirada se clavó en mi libro y subió hacia mi cara. Vi que abría los ojos muy grandes mientras se acercaba.

—Bueno —dijo sonriendo—, esto sí que es una sorpresa. Dijiste que eras joven, pero... nunca imaginé que tanto.

—Sí, ya sé —admití—. Todavía está a tiempo de irse.

Se rió. Parecía divertido con la situación.

—No, está bien. No creo que sea malo que tomemos un café. Además, estoy enormemente curioso. ¿Cómo pudo alguien de tu edad llegar a esas conclusiones? Pero mejor vayamos al bar y me contás.

—Soy un aficionado a la resolución de casos criminales desde hace tiempo —le dije mientras caminábamos—, llevo mucho leído.

Apenas nos sentamos empezó a bombardearme a preguntas. Parecía realmente interesado. Le expliqué sintéticamente cómo había llegado a la conclusión de que Rosales no era el asesino y presumí un poco hablando sobre diferentes perfiles psicológicos criminales. Después entramos en la cuestión del motivo en el caso de Lucía Bernárdez.

—Sí, la cuestión económica es evidente: la chica tenía una considerable fortuna. Estuvimos investigando un poco por ese lado —hizo una pausa y sonrió—. ¿Vos tenés algún sospechoso en vista?

—Bueno, no quisiera apresurarme —dije—, pero hay un primo que podría reclamar la herencia. Marcelo Leguizamón. Él tiene un buen motivo.

—Exactamente —sonrió—, Leguizamón. De verdad me asombrás. Anduvimos tras sus pasos.

—¿Y?

—Estuvo fuera del país un tiempo, lo cual podría excluirlo de alguno de los

crímenes. Pero aún no lo interrogamos. No se puede proceder simplemente por corazonadas. Además, está el tema del arma en lo de Rosales.

—Sí —dije—, pero estaba en la baulera, no en la casa. Cualquiera pudo ponerla ahí. Yo mismo estuve en el lugar: no es nada difícil acceder.

—¿Fuiste? —el fiscal se rió abiertamente—. Estoy anonadado. Sos todo un investigador. Pero como te decía, no se puede avanzar sólo con sospechas y por el momento no tenemos ninguna prueba que comprometa a Leguizamón. Justamente, ahora voy a recoger unos documentos que pueden ayudarme.

Mientras pagábamos la consumición, Flores me pidió que fuera discreto sobre lo que habíamos hablado.

—Y también te pediría que no envíes más cartas a los diarios: no queremos alertar al eventual sospechoso.

—Por supuesto.

Salimos juntos a la calle. Él levantó la mano para saludar a un hombre que acababa de salir de la fiscalía.

—Doctor —lo llamó el tipo mientras cruzaba—. No se vaya.

—¿Qué pasa, Claudio?

—¿Vuelve? Porque teníamos pendiente la reunión de la tarde por el caso Sabino.

—Mejor pasala para mañana. Ahora voy hasta lo de la chica Bernárdez, quiero recoger esas cartas. Pueden servirnos.

El tipo se alejó y Flores se quedó mirándolo, pensativo. Por un momento pareció olvidarse de mi presencia. Entonces giró y me sonrió.

—Bueno, ha sido un placer. ¿Te alcanzo a algún lado? Tengo el auto en el estacionamiento de enfrente.

Por supuesto, a mí no se me había escapado la mención a la casa de Bernárdez.

—¿Va para Belgrano?

—Sí, ¿y vos?

—También, me puede dejar donde le quede cómodo.

—Perfecto entonces. Aunque ahora que lo pienso —me miró sonriendo mientras caminábamos—, ¿no querés acompañarme?

Fue como si me hubiera leído el pensamiento.

—¿A lo de Bernárdez?

—Sí. Quizás te guste ver la escena del crimen.

Era el mejor plan que alguien podía proponerme.

—Me encantaría. Gracias.

Esperé en la entrada del estacionamiento mientras él pagaba y retiraba el auto. En ese momento un bip en mi móvil me señaló que había un mensaje nuevo. Era de Watson y contenía una sola palabra: «¿Y?». Le contesté a toda velocidad: «Todo bien. Ahora voy a ver la escena del crimen». Lo mandé antes de subir al coche.

Era extraño estar entrando a la casa que había visto decenas de veces en televisión. Flores sacó de su bolsillo un manojo de llaves que llevaba enganchado un papel con la palabra *Bernárdez*. Tuvo que probar tres antes de dar con la de la reja. En la otra puerta, en cambio, acertó de primera. La casa estaba a oscuras y mientras él cerraba me pidió que encendiera la luz.

—Espero que no esté cortada —dijo.

Empecé a tantear la pared sin encontrar el interruptor. Había avanzado varios pasos hacia la sala a oscuras cuando sentí que alguien surgía de la nada, se abalanzaba sobre mí y tiraba con fuerza de mis brazos hacia atrás. Grité e intenté forcejear, pero me di cuenta de que tenía las manos esposadas en la espalda. Una idea me sacudió: quizás habíamos sorprendido al asesino cuando revisaba la casa en busca de algo que lo incriminaba. Volví a gritar para llamar la atención del fiscal.

—¡Eyyy, Flores!...

Pero en ese momento me tiraron violentamente contra un sillón. Mi cabeza golpeó en el respaldo y lancé un aullido mientras el corazón me saltaba enloquecido. Intentaba pararme otra vez cuando se encendieron las luces. Entonces vi al propio Flores apuntándome con una pistola. En los primeros segundos no entendí nada.

—Pero ¿qué...? ¿Está loco?

—¿Loco? —mientras hablaba me obligó a trasladarme a una silla. Vi que tenía una soga en las manos—. No, no estoy loco, Sherlock.

Empezó a atarme contra el respaldo.

—Sí, ya había adivinado quién eras. Primero me llamó la atención la dirección del e-mail y después, cuando escribiste que eras muy joven, me acordé. Yo te vi en aquel programa: también soy un fanático de las historias de Holmes. Qué pena que perdiste. Y con una pregunta tan tonta, el nombre de Watson.

Supé quién era él antes de que terminara de atarme. Qué imbécil había sido.

—Leguizamón. Usted es Leguizamón.

—¡Exacto! Esta vez acertaste, pero no hay premio.

Se rió mientras me ataba los pies.

—Fue divertido hacer del fiscal. Y caíste: ya te imaginarás que no tengo una oficina en la fiscalía, estaba esperando tu llamada en el descanso de la escalera. Y por supuesto que el que fingió ser mi secretario es un amigo. Tengo muchos amigos en la zona de Tribunales.

Entonces sacó un papel y una lapicera de su bolsillo.

—Ahora vas a escribir lo que te diga.

Me quitó las esposas, pero eso no me dio demasiada libertad: la soga que me unía a la silla casi no me dejaba respirar.

—¿Me está... secuestrando?

Sonrió.

—Algo así. Escribí: «Quería resolver este caso —dictó—. Lo lamento».

—¿Qué...?

—Escribí eso, nada más. Y firmá.

Después me sacó la hoja, la dobló y volvió a guardarla en su bolsillo. En lugar de las esposas, esta vez me ató las manos con una tira de tela.

—Muy bien, Sherlock. Tengo que decirte que no acertaste en todo: a la china no la maté yo.

—¿Y quién la mató?

—Qué sé yo —se rió—. Habrá sido la mafia china. En realidad, fue su muerte la que me dio la idea. Tal como vos dijiste: había oído lo de la estación y la confitería y pensé que esto me ayudaba a armar una buena historia. Tenía que hacer que se unieran varios casos. Recibí algunas ayudas inesperadas, como la bolsa del supermercado que encontraron en la casa de Reyes. Un detalle encantador. Por eso después dejé una junto a Lucía. Pero a la vieja no quise matarla: eso fue un accidente.

—Un accidente. Seguro.

Se sentó en el sillón y empezó a jugar con la pistola. Pensé que tenía que hacer algo, pero me había atado tan firmemente que estaba convertido en una especie de matambre, sin posibilidad alguna de movimiento.

—Mi objetivo era que pareciera un intento de asesinato: una bala que la roza, la moto, el impermeable... Alcanzaba con eso. Pero en el momento en que apreté el gatillo la vieja se inclinó a recoger algo y le di en la cabeza. Una lástima. La verdad es que yo sólo quería matar a Lucía. Se lo merecía. ¿Sabés cuánto había heredado la muy perra? Ochocientos mil dólares. Ni ella sabía que su viejo tenía tanta guita. Yo estaba realmente mal y le pedí un préstamo: apenas diez mil. Y me dijo que no podía, que tenía todo invertido. Que mejor me consiguiera un buen trabajo. De modo que decidí hacer un trabajo, pero no el que ella imaginaba. Y salió todo bien. Ya lo tenían a Rosales y nadie estaba muy interesado en seguir buscando, porque así son las cosas acá. Esto no es un libro, nene, y si tienen un culpable están todos contentos. Pero a vos se te ocurrió jugar al detective.

En ese momento me di cuenta: no me estaba secuestrando. Era mucho peor. Empecé a gritar, pero no creo que nadie hubiera podido oírme. El tipo se incorporó enseguida y me lanzó un derechazo en la cara que durante unos segundos cumplió la función de dejarme mudo. Después sacó una tela del bolsillo y me amordazó.

—Parece que esto termina con nuestro diálogo, Sherlock. De todas formas ya me tenía que ir.

Vi que se dirigía hacia la cocina.

—Ahora todo va a ser muy tranquilo —me dijo—. Dejo el gas abierto. Te vas a adormecer... Y listo. Después yo vuelvo para ordenar todo: te saco las sogas, te coloco en el piso... La puerta forzada, y a tu lado, la notita. El suicidio es algo frecuente entre los chicos genios, ¿sabías? Mucha presión.

Desde donde estaba pude ver que abría todas las llaves de gas de la cocina.

Después se acercó y me revisó los bolsillos. Se quedó con mi móvil y un papel donde yo había anotado su nombre y teléfono. Entonces recogió sus cosas y se dirigió a la puerta. Antes de salir volvió a mirarme con una media sonrisa.

—Esto es el fin, Sherlock. *Au revoir*.

Pensé que era una línea apropiada para que pronunciara el profesor Moriarty en las cataratas de Reichenbach. Claro que él nunca hubiera dicho Sherlock, sino Mister Holmes.

Apenas se cerró la puerta empecé a sacudirme. Enseguida supe que no tenía sentido: no lograba aflojar ni un milímetro las sogas y corría el riesgo de irme al suelo con la silla. Me sentía furioso. También muerto de miedo, pero sobre todo furioso. Había caído en la trampa como un idiota.

El olor del gas aún era suave, aunque sabía que no tardaría en asfixiarme. Quise pensar en algún episodio de Holmes que me ayudara, pero lo único que me vino a la cabeza fue una frase que dice en el caso de la desaparición de Lady Frances Carfax: «Es una gallina que se ha salido del corral en un mundo de zorros». Así me sentía yo. Una estúpida gallina cazada por un astuto zorro. Y ése era mi final.

Pero resultó que el zorro no era tan astuto. No se dio cuenta de que una pequeña ventana alta de la cocina estaba abierta, por lo cual el gas jamás iba a llegar a matarme. Por supuesto, con suficiente tiempo podría haber muerto igual, de sed y de hambre, o bien cuando Leguizamón volviera y optara por volarme la cabeza de un tiro. Pero nada de eso sucedió, porque una hora más tarde yo estaba libre.

Fue, debería decir, la hora más extraña de mi vida. Durante los primeros minutos retomé los intentos de liberar mis manos, sin ningún éxito. Entonces me enfrenté a la idea de que estaba a punto de morir. Pensé primero en el golpe que significaría para mis padres. Después imaginé cómo sería mi funeral, quién iría y lo que pensarían de mí, si es que se creían la historia del suicidio. Quise confiar en que Watson sabía lo suficiente para convencer a todo el mundo de que yo no podía haberme suicidado. Entonces quizás pensarían que había sido un tarado por caer de esa manera en manos de un asesino: parecía tan inteligente, dirían, y terminó así.

Luego, dado que pasaban los minutos y el gas sólo me había provocado un leve mareo, empecé a pensar que tal vez se producía un milagro y yo no me moría. Quizás eso cambiaría completamente el curso de mi vida, como suele suceder con los que sobreviven a una guerra o a un naufragio. Pero no tenía muy claro cuál podía ser en mi caso el nuevo curso.

Al final, por supuesto, empecé a pensar qué diablos sucedía con ese gas que se oía tan suavemente. Y entonces llegaron. Quizás podría haber muerto igual, pero del susto, porque de pronto se oyó un fuerte estallido en la puerta y, como corridos por el diablo, entraron una decena de policías con chalecos antibalas y armas largas que aullaban y me apuntaban. Cuando terminaron de constatar que en la casa no había nadie más que yo, y que —considerando que estaba convertido en un matambre en medio de la sala— no podía representar un gran peligro, bajaron las armas y procedieron a desatarme. Apenas me quitaron la mordaza le dije al oficial que parecía estar a cargo que Leguizamón era el verdadero asesino de Belgrano y que tenían que ir en su busca. El tipo me miró con pena y dijo:

—Sí, hijo, ya vamos a ver eso.

Lo que me hizo sentir como el protagonista de esas películas de acción donde al que realmente sabe la verdad nadie le cree.

Pero después apareció un fiscal —esta vez un fiscal real— y hablamos un rato largo, durante el cual pareció tomarme en serio.

—A Leguizamón lo estábamos investigando —me dijo, lo que nunca sabré si era verdad o un invento para salvar la imagen.

Conversando con él supe que el verdadero héroe de la jornada era Watson, a

quien le debo la vida. Preocupado por la falta de noticias mías, primero me llamó insistentemente, pero como un idiota yo había apagado el móvil después de mandarle el mensaje para evitar que sonara mientras conversaba con el supuesto fiscal. Entonces fue hasta mi casa, pidió permiso para revisar mi computadora y buscó los mails que yo había intercambiado con el tipo. Se armó de valor y confrontó a mi madre con todo eso, sumado al mensaje de texto que le había enviado. Ella, al borde de la histeria, decidió ir a la policía. Ahí le dijeron que no existía ningún fiscal con ese nombre, que todo parecía indicar que se trataba de un secuestro y que se quedara en la casa esperando la llamada en la que seguramente le pedirían un rescate. Lo cual, por supuesto, la hizo caer en la histeria, ahora de lleno.

Pero por suerte un policía decidió tomarse el asunto en serio. Consideró que quizás yo había ido a la escena de alguno de los crímenes. Descartó el supermercado de Huang y fue directamente a lo de Luisa Reyes, donde una de sus hijas estaba retirando muebles. Nada inquietante. Por último se acercó a la casa de Bernárdez. Ahí encontró a un vecino a quien le había llamado la atención ver entrar a dos personas en la casa de la chica muerta, donde se suponía que nadie vivía. Fue cuando decidieron forzar la puerta.

Después de contar todo lo que sabía, fui examinado por un médico que dijo que, más allá de las huellas del *shock* emocional y las de la trompada que me había dado Leguizamón, yo parecía estar bien. Entonces llegaron mis padres.

Cuando los vi me sentí un poco culpable. Tenían un aspecto bastante penoso, sobre todo mamá, que se había pasado llorando las últimas horas. Me abrazó y sentí su cara húmeda contra la mía. Durante unos momentos me abandoné a sus brazos como cuando era chico. Me di cuenta de que también a mí me caían las lágrimas y no las podía detener. Me sentía raro, enormemente cansado. Todo mi cuerpo estaba dolorido y flojo como si hubiera corrido una maratón o escalado una montaña, aunque sólo había estado atado a una silla.

Mis padres querían que les contara todo en ese mismo momento, pero les dije que lo haría de camino a casa. A esa altura, sólo deseaba llegar y meterme en la cama. Fui soltando la historia en el auto, tratando de aparecer lo más inocente posible, aunque evidentemente mi posición no era sencilla. Cuando terminé, tuve que escuchar el largo monólogo de mamá. Me dijo que les había dado el susto de sus vidas y que esta experiencia tenía que enseñarme a dejar atrás el asunto de los crímenes y retomar mi verdadero camino. Si yo quería dar libre el último año de secundaria, tal como había insinuado una vez, ella estaba dispuesta a apoyarme. Así podía entrar antes en la universidad, encontrar un medio y amigos apropiados.

Yo la escuché en silencio. No tenía ganas de contestarle nada, pero cuando estábamos en casa cambié de idea. Antes de meterme en mi habitación le dije que no iba a dar el año libre, que todavía no sabía cuál era mi camino pero sería el que yo

decidiera y que tal vez nunca tendría muchos amigos. Que jamás sería famoso ni ganaría el Premio Nobel.

—¿El qué? —preguntó frunciendo las cejas—. Si yo nunca dije...

—El Nobel —insistí antes de cerrar la puerta—. Olvidate.

Dormí doce horas seguidas. Cuando abrí los ojos me sentía extraño, como si estuviese en un lugar desconocido. Ésa era mi habitación y ahí estaba mi ropa en el suelo, mis libros en la biblioteca y V838 Monocerotis en la pared. Pero había algo distinto. Quizás era que había sobrevivido. O lo que le había dicho a mi madre. Quizás ambas cosas.

Salí del dormitorio y la vi haciendo zapping en la televisión.

—Vení —me llamó—, están por dar un informe sobre el caso.

Me senté junto a ella y me rodeó los hombros con el brazo, señal de que no estaba enojada. En la pantalla la placa sobreimpresa decía: «Un adolescente dejó en ridículo a toda la policía».

—Ya grabé lo que pasaron en otros canales —me informó en voz baja.

El periodista, de pie frente a la casa de Lucía Bernárdez, explicaba que allí había estado secuestrado el chico de catorce años que había descubierto al verdadero asesino de Belgrano. Y que gracias a él la policía ya lo había detenido. La mayor parte del informe se dedicaba a regodearse en el papelón de los investigadores al ser superados por un detective amateur y adolescente apodado Sherlock por sus amigos.

—No saben mi nombre —deduje.

—No, el juez ordenó que se mantuviera en resguardo tu identidad por ser menor de edad.

La noticia me dio una enorme tranquilidad. Le dije a mamá que iba a desayunar.

—Tenés algunos mensajes —me informó— Arturo pidió que lo llames. Y luego esa chica...

—¿Quién?

—Violeta. La chica araña. Dijo que había oído la historia y pensó que podías ser vos por una conversación que tuvieron —sus ojos me interrogaron—. ¿La viste?

—Sí, de casualidad —admití, intentando no mostrar mucho interés—. ¿Dijo algo más?

—Dejó su teléfono.

Me extendió un papel que miré durante todo el desayuno. Después me encerré en mi dormitorio y lo llamé a Watson.

—Me salvaste la vida —dije apenas atendió—. Gracias.

—Sí, Sherlock, estuviste un poco idiota. Claro que también estuviste brillante: resolviste el caso. Sos un genio.

Cerré los ojos durante un par de segundos y me permití disfrutar de sus halagos.

—No todo —le aclaré después—. El tipo dijo que a la china no la mató él y puede ser cierto. ¿Te acordás de que en ese caso no hubo ninguna moto? En verdad, sólo tenía en común el calibre del arma, que es bastante vulgar.

—Pero igual sos un genio. Lo descubriste solo. ¿No te tienta que se sepa?

—¿Qué cosa?

—Que sos vos. Que el chico del que habla todo el país es Francisco Méndez.

—No —le dije—, para nada. Ya sabés, Watson: «Yo entro en el juego por puro amor al juego».

—¿Eso es una cita?

—Sí, pero no me acuerdo de qué libro.

—Mejor —se rió—, mucho mejor.

Después de cortar con él volví a mirar el papel donde estaba el número de Violeta y decidí que la iba a llamar. Pero no en ese momento. Igual, la decisión me puso bastante nervioso. Observé un rato a V838 Monocerotis, que ese día parecía más brillante.

—Mon —le dije—, mi cerebro funciona.

Entonces, para relajarme, me dediqué a leer un buen rato un libro que habla sobre los agujeros negros. Creo que me sentí feliz.

Agradecimientos

A Luis Malmud, Noemí Brenta, Ary Scharovsky, Rafael Levy y Adrián Paenza, por compartir conmigo sus experiencias y recuerdos.

A Mónica López, por su frase célebre.



ANDREA FERRARI (Buenos Aires, Argentina, 1961) es escritora y traductora literaria de inglés, aunque se desarrolló profesionalmente en el periodismo en medios como *El Porteño*, *Época* y *Página/12* a lo largo de más de veinte años.

En el apartado literario, Ferrari se inició escribiendo cuentos para su propia hija. A partir de ahí fue interesándose por la literatura infantil y el resultado ha sido una prolífica carrera. En España, recibió el Premio El Barco de Vapor en 2003 por su novela *El complot de las Flores*, y el Premio Jaén de Narrativa Juvenil por *El camino de Sherlock* en 2007.

Asimismo, *El hombre que quería recordar* fue incluido en la selección White Ravens 2006 de la Biblioteca Internacional de la Juventud de Munich. Dos de sus libros integraron las listas de «Los destacados de Alija» en la categoría novela: *La noche del polizón* (2012) y *Zoom* (2013). Otros títulos son *Aunque diga fresas* y *El diamante oscuro*.